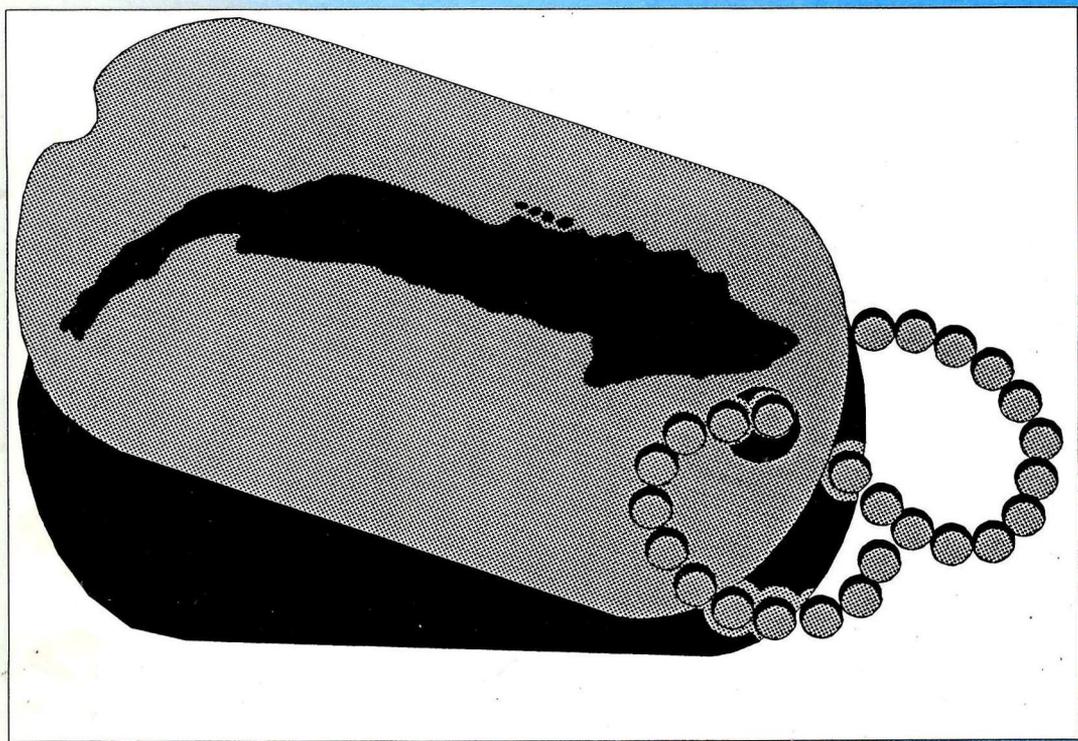


# Cuba:

una clave en el  
conflicto mundial

John Saxe-Fernández    Horacio Labastida  
Beatriz Stolowicz W.



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA**

UNIDAD XOCHIMILCO

División de Ciencias Sociales y Humanidades



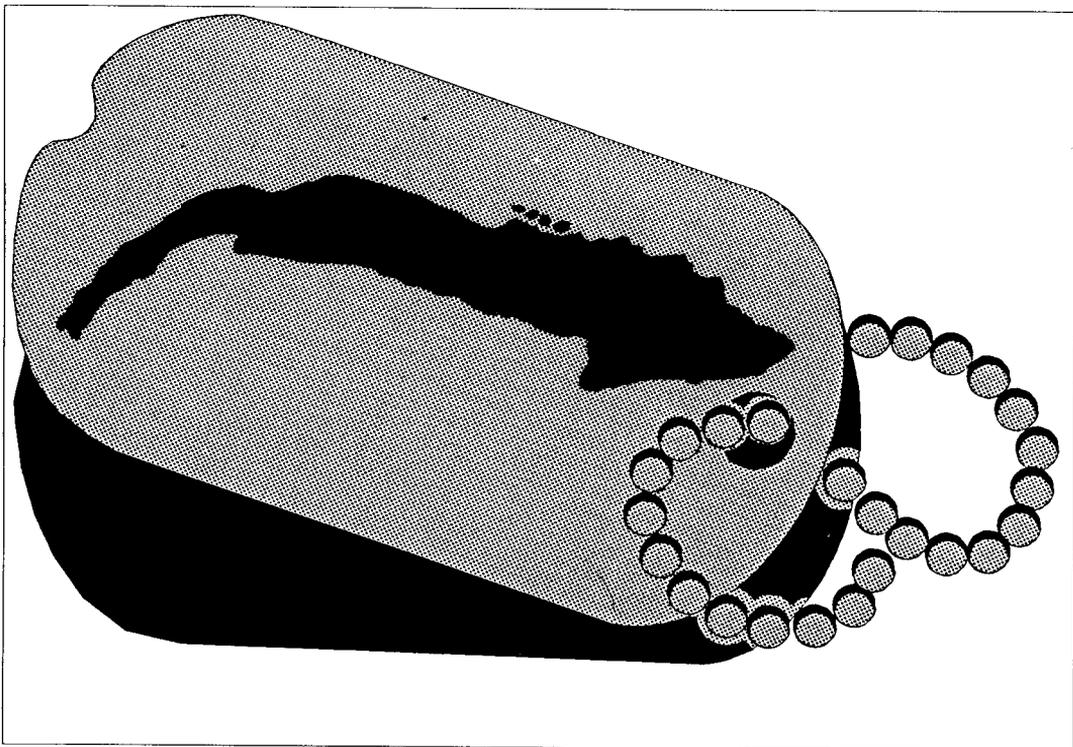




# Cuba:

una clave en el  
conflicto mundial

John Saxe-Fernández    Horacio Labastida  
Beatriz Stolowicz W.





# Cuba:

una clave en el  
conflicto mundial

John Saxe-Fernández    Horacio Labastida  
Beatriz Stolowicz W.

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA**  
**Rector General, doctor Gustavo Chapela Castañares**  
**Secretario General, doctor Enrique Fernández Fassnacht**

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA- XOCHIMILCO**  
**Rector, doctor Avedis Aznavurian Apajian**  
**Secretaria de la Unidad, maestra Magdalena Fresán Orozco**

**DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES**  
**Director, maestro Felipe Campuzano Volpe**  
**Secretaria Académica, licenciada Patricia Ortega Ramírez**  
**Responsable de Publicaciones de la DCSH, licenciada Araceli Sonf Soto**

**Edición y corrección: Araceli Sonf Soto**

Primera edición, agosto de 1993

D.R. © 1993. Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Xochimilco  
Calzada del Hueso 1100  
Col. Villa Quietud, Coyoacán  
04960, México, D. F.  
ISBN 970-620-338-9

Impreso y hecho en México/ *Printed and made in Mexico*

# ÍNDICE

**Presentación, ¿por qué Cuba?**

*Beatriz Stolowicz W.* 9

**Democracia, libertad y dignidad humana: pensando en Cuba.**

*Horacio Labastida.* 13

**Las relaciones cubano-estadounidenses.**

*John Saxe-Fernández.* 21



PRESENTACIÓN

## ¿Por qué Cuba?

---

Beatriz Stolowicz W.\*

**A**similar los cambios no es fácil. Especialmente cuando la velocidad de éstos –“tiempos históricos”– pueden ser superiores a la de la percepción, normalmente adecuada a lo más permanente (“sentido común”). Pero si una sensibilidad proclive a los cambios, deriva en azoro, un diagnóstico posible es la desinformación.

En las ciencias sociales, la relación entre *permanencia* y *cambio* (expresable en términos metodológicos como *estructura-coyuntura*) está esencialmente determinada por definiciones teóricas, pero mediada de manera notable por elementos de información (investigación), para poder asumir las tendencias históricas como procesos dinámicos.

Los llamados “escenarios internacionales” son construcciones analíticas que adolecen de una sobrerrepresentación de fenomenologías con un alto rango de superficialidad, por cuanto expresan

\*Departamento de Política y Cultura. Área Problemas de América Latina. UAM-Xochimilco.

condensaciones de resultantes de fuerzas, sin poder apreciarse éstas con sus contenidos y sus relaciones. Por esa razón, estos “escenarios internacionales” son de por sí difícilmente aprehensibles. Si a ello adicionamos las dificultades propias de los procesos acelerados de cambio, en el sentido antedicho, la potencialidad cognoscitiva de los “escenarios internacionales” es, por lo menos, hartamente limitada.

Las circunstancias actuales en el plano internacional abonan los *terrenos de nadie* en materia explicativa, que con facilidad conducen a las mentes *más abiertas* a sucesivas sorpresas y desazón. Con intencionalidad, los medios de comunicación funcionalizan la confusión: en la era de la informática y los satélites, es paradoja que cuando podríamos estar más cerca de la información, estamos más lejos del conocimiento y la comprensión.

La ideologización de la realidad se impone por los titubeos críticos que generan los fracasos mal asimilados.

El “derrumbismo” en boga es una expresión de los extremismos de la ideologización. Unos ochenta años atrás era el “derrumbe del capitalismo”; hoy, el “del socialismo”. Ubicados uno y otro en los polos opuestos de la contradicción, en ambas conceptualizaciones la ideologización consiste en sobrestimar —absolutizándola— la propia existencia defendida; y por oposición, negar la alteridad de la contradicción. Tras las concepciones derrumbistas de casi un siglo atrás se ocultaban las incapacidades por rescatar la contradicción social no sólo como fenómeno objetivo, sino también como voluntario. Aquellos análisis plantearon las contradicciones del capitalismo como evolución positivista, subestimando las voluntades (como acción o materialidad), o lo que el propio Marx denominó las “contratendencias”, que no sólo referían a los procesos económicos sino a la voluntad capitalista materializada en la acción estatal. Los derrumbistas de hoy, pecan también, pero en sentido contrario. Sobrestiman las voluntades al margen de los procesos objetivos, cuya relación difícilmente podría dudarse. Esas como otras ideologizaciones, intentan convertir en explicación última a las que se derivan de un interés propio, falseando-necesariamente el análisis de la realidad.

Hoy es materia corriente proclamar el *derrumbe* o el *fin* de muchas cosas: el fin de los “parámetros nacionales” frente a mercancías sin pasaporte; el de la “guerra fría” y del “conflicto este-oeste”, como si, parafraseando la imaginería popular, *muerto el perro se acabó la rabia*; es el fin de las “ideologías” si la correlación de fuerzas favorece coyunturalmente a unas (las de *Occidente*), ante las crisis interpretativas contrarias.

Cuando todo parece ya dicho, un pequeño país caribeño se erige en convidado de piedra.

¿Cómo ubicar la realidad cubana en el cuadro del *fin del socialismo*? ¿cómo comprender el bloqueo y la Ley Torricelli en el marco del *fin de la guerra fría*? ¿cómo entender la base norteamericana en Guantánamo ante el *fin del conflicto este-oeste*?

La memoria parece estar en jaque por la ficción de una novedad y las percepciones históricas se tornan perezosas.

Desde hace tres décadas, Cuba es “una clave en el conflicto mundial”.

Sobre *su cabeza* se negocian hoy las relaciones entre la Rusia de Yeltsin y Estados Unidos. En torno a Cuba se dirimen a diario las autonomías de los *bloques* comerciales y es una pieza usada para confrontar capacidades hegemónicas.

También se echa mano sobre Cuba para demostrar afinidades o distanciamientos entre los gobiernos latinoamericanos y el estadounidense. Desde hace treinta años las relaciones “interamericanas” se refirieron a la isla: la alianza para el progreso de los sesenta implicó sucesivas rupturas diplomáticas con Cuba (con la excepción de México) y su expulsión de la OEA; las operaciones contrarrevolucionarias en el continente se justificaron, invariablemente desde entonces, por los “vínculos” entre los movimientos de izquierda —armados o no— y la Revolución Cubana. Incluso estos últimos años de competencia y “aperturas” requirieron de una doble moral: un pragmatismo empresarial privado hacia un mercado *cautivo* como el cubano, por un lado, contrarrestado públicamente con la aceptación de la Iniciativa

para las Américas de Bush, por otro, que, obviamente, acarrea las restricciones comerciales de hace tres décadas, corregidas y aumentadas con la actualísima Ley Torricelli.

Más que ningún otro país de la región, Cuba es un ingrediente clave en la política interna de Estados Unidos, para legitimar paranoias de seguridad nacional, para competir electoralmente y para reivindicar imágenes de fuerza.

Pero no sólo para Estados Unidos. Hoy en día, no se encuentran mejores argumentos para validar estas democracias “reales” de América Latina —socialmente excluyentes y bastante discutibles en sus formalidades y transparencias— que destacando sus “virtudes” frente a Cuba. Un ejemplo extremo, pero tan real como absurdo, es que un presidente, designado en una base militar estadounidense tras una invasión militar, como Guillermo Endara de Panamá, se erija en vocero de las democracias latinoamericanas cada vez que hace declaraciones contra Cuba.

Y por supuesto, cuando se trata de fundamentar “*el atavismo de la justicia social*”, parafraseando a Friedrich Von Hayek, Cuba debe quedar fuera de toda consideración estadística.

Cuba es, guste o no, un desafío para la seriedad metodológica y analítica, pues la isla caribeña impone resistencias a la asimilación fácil del *fin de la historia de las confrontaciones de proyectos sociales*, y nos enfrenta a las verdaderas reglas del juego a las que están sometidas nuestras sociedades. Por eso, de algún modo, Cuba también es una clave en el discernimiento.

Con esa intención, las áreas de investigación *Problemas de América Latina y Política Internacional* del Departamento de *Política y Cultura* de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, organizaron el 11 de marzo de 1992 la mesa redonda: CUBA: UNA CLAVE EN EL CONFLICTO MUNDIAL, como un aporte al necesario debate. Por su importancia, ofrecemos en las siguientes páginas visiones y opiniones diversas que en ella se brindaron.

DEMOCRACIA, LIBERTAD Y DIGNIDAD HUMANA.

## PENSANDO EN CUBA.

---

Horacio Labastida\*

**C**uba, para los mexicanos es una responsabilidad moral y política. Cuando el heroico José Martí estuvo entre nosotros lo dijo en alguna solemne ocasión con precisión y finura: “en México y Cuba la lucha por la libertad del hombre, es también una lucha por la soberanía nacional. Y ésta es la lucha política por excelencia. En ella están implicados los supremos valores de la dignidad y la razón que sustentan la historia noble y progresista de la humanidad. México y Cuba están en la misma trinchera. Sus batallas los unen para siempre, porque son las batallas en que se forja el glorioso porvenir que todos anhelamos”. Las palabras de Martí fueron escuchadas y aplaudidas en 1877, hace más de un siglo, y hoy valen lo mismo que ayer. Cuba y el pueblo de México continúan en el mismo quehacer comprometido con la liberación del hombre.

\*Ex embajador de México en Nicaragua. Ex senador y diputado federal. Ex rector de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

Con gran claridad Eric J. Hobsbawn, que recientemente nos visitara con motivo del Coloquio de Invierno, fue levantando poco a poco en sus estudios sobre las revoluciones del siglo XVIII, los velos que ocultaban la verdad. Igual había sucedido con los súbditos británicos que suscribieron la Declaración de Independencia, en 1776, y algo semejante puede hallarse en las revueltas cromwellianas del siglo XVII, en Inglaterra. Ni el pueblo que tomó las armas tras el protector de la República, ni el que siguió a Washington en sus batallas contra los soldados de Jorge III, ni el que desesperadamente apoyara a la Asamblea Nacional, en París, vieron florecer, esos pueblos armados, las esperanzas que cultivaron en sus huertos revolucionarios. Hobsbawn observa —en el caso de Francia— que “a partir de 1794 resultó evidente para los moderados que el régimen jacobino había llevado la revolución demasiado lejos para los propósitos y la comodidad burgueses, lo mismo que estaba clarísimo para los revolucionarios que el sol de 1793, si volviera a levantarse, brillaría sobre una sociedad no burguesa”.

La contradicción fue obvia y presente en la conciencia de la época desde el instante mismo en que aparecieron las primeras cristalizaciones del hecho revolucionario. Cromwell fue abatido y las conmociones que provocó en Londres y sus zonas de influencia abrían el camino de la monarquía parlamentaria que suplió el poder absoluto de la corona. Pero el parlamento quedó en manos de una aristocracia en el ocaso —la Cámara Alta— y de los señores del dinero —Cámara Baja—. El pueblo armado fue asumido en la representación de los comerciantes, banqueros e industriales, y a partir de entonces estos serían el faro de la rubia Albion, incluido su dominio imperial victoriano y la Constitución de 1787, que cambió la confederación prístina norteamericana en la actual federación. Esto hizo posible el desenvolvimiento de una sociedad industrial sin precedentes, bajo el mando de las élites bien descritas por Wright Mills. No se quedaría atrás Francia. Entre Napoleón, Luis Felipe y las sucesivas repúblicas de sus difíciles anales se ha consolidado el gobierno del señorío del dinero. Asistiría a la razón a Adolphe Thiers cuando proclamó que

luego del aplastamiento del Manifiesto de los Iguales, la liquidación de la Comuna de París sería el cierre definitivo de la puerta del poder a las masas inconformes con el régimen del orden.

Hemos descrito tres momentos ejemplares de los siglos XVII y XVIII porque en ellos perfilaríase una de las maneras democráticas de nuestro tiempo: la democracia de la sociedad industrial capitalista que en el curso de los últimos doscientos años ha logrado, con el nombre de avanzada, imponer sus categorías casi a nivel planetario. Esta democracia se autodesigna democracia con base en sus raíces históricas. Para echar abajo el absolutismo real izaría la bandera de la soberanía popular con los intereses de los hombres de negocios. Así, el capitalismo burgués fincó el orden democrático que hasta la fecha prevalece en las grandes metrópolis occidentales.

Pero la democracia del dinero no es la única democracia acuñada en los tiempos modernos. En su discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres, al redactar el prefacio, Juan Jacobo Rousseau, escribió estas breves y desoladoras palabras: "Observando la sociedad humana de un modo tranquilo y desinteresado, parece no presentar otro aspecto sino el de la violencia de los hombres poderosos, y la opresión de los débiles". El discurso fue escrito noventa y tres años antes de su aparición en Londres, del célebre Manifiesto de la Liga de los Comunistas, o Manifiesto Comunista, que Marx y Engels prepararon para su publicación en 1848; documento en el que después de hacerse brevísima referencia a la evolución de la burguesía, asevérase que después del establecimiento de la industria y del mercado universal, la burguesía lucha por la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es, sino un comité administrativo de los negocios de toda la clase burguesa.

Las grandes revoluciones de 1848 en Europa, que entre otros efectos echaron por tierra el restauracionismo que comandara Metternich a partir del Tratado de Viena (1815), y el rápido crecimiento de los movimientos socialdemócratas, provocaron una cuidadosa revisión del problema de la democracia. En la historia constaba que su

manejo dependía del sector que conquistara el poder, y consecuentemente que la democracia existente hasta entonces, era en verdad un instrumento de las clases pudientes para cuidar de sus intereses desde las supremas funciones del Estado. La oposición elaboraría entonces el proyecto más consecuente con estos descubrimientos de la ciencia política. Evitar la explotación de los más por los menos, el goce de los ricos a cargo de los pobres o la desigualdad no era un problema de mera generosidad en la distribución de las rentas. El secreto estaba más allá de los mandamientos de moral cristiana. Ni el rico era un predilecto de Dios, según la predicación calvinista que Max Weber recogería en sus estudios sobre capitalismo y protestantismo, ni tampoco podía igualarse con el empresario afluente para sí mismo y para los demás, de acuerdo con ciertas corrientes del liberalismo. No. La equidad en la absorción de los bienes materiales y culturales de la sociedad dependía en lo fundamental del sector social que asumiera los papeles de sujeto y actor del poder político. Si estos papeles desempeñábanse por la burguesía, el resultado sería el establecimiento de la democracia capitalista; si por el contrario, tales papeles entraban al área de las clases trabajadoras, emergería una democracia capaz de redistribuir en términos paritarios el producto económico y espiritual de la nación. Aseguraríase así, el goce de la libertad personal, la justicia social y la soberanía.

Dos hechos eran notorios; La Revolución de Octubre, en 1917 que hizo posible la magna experiencia socialista en lo que fuera la Unión Soviética, y que precluyó en forma desastrosa. La otra experiencia, fue el descubrir el imperialismo y su otra cara, el neocolonialismo en América. El sojuzgamiento de los países latinoamericanos por el poder económico y político de Washington pudo enfrentarse a partir de las posibilidades que el cambio en los coeficientes de fuerza mundiales ofrecieron a los pueblos dominados. Igual que otros en Asia y África, en América Latina los cubanos alcanzaron el casi increíble éxito de 1959, novelado genialmente por Alejo Carpentier, y de 1961, al adoptar un régimen de democracia socialista distinto y opuesto al régimen de democracia capitalista.

La Unión Soviética ya no existe, suplantada por una informe Comunidad de Estados Independientes, y los Estados Unidos monopolizan cada vez más la dirección política del poder económico trasnacional de nuestro tiempo. Esto se hizo palpable luego de la guerra de Irak, el dominio estadounidense del petróleo árabe y la proclamación del nuevo orden. En estas circunstancias amenazantes, Cuba aparece como una heterodoxia respecto de los cánones opresivos de la democracia capitalista que se trata de imponer a toda costa.

Con la luz meridiana compréndese así la gravísimas situación en que se halla la patria de Máximo Gómez ante las compulsiones económicas, políticas y militares del núcleo hegemónico, cuya influencia alcanza magnitudes planetarias.

Quisiera ahora plantear otro aspecto, aún más crítico, del conflicto cubano, réplica en lo social y político del conflicto del hombre ante su propia libertad.

Los caminos esenciales del pensamiento son dos. En ocasiones sus determinaciones son afirmativas; en otras, negativas. Hay en consecuencia dos juicios principales, el juicio afirmativo, que refleja el *statu quo* de las cosas, y el juicio negativo, que explicita diversas posibilidades de las cosas, no coincidentes con su *statu quo*. El juicio negativo connota entonces el cambio, su opción transformadora, la expresión de una riqueza de modos de ser que trasciende su estado actual. Podría esta concepción describirse de otra manera. En la naturaleza y en la sociedad las cosas o los acontecimientos contienen en sí una actualidad y una virtualidad. La actualidad es el estado presente de éstas o los acontecimientos, su estructuración dada en el espacio y en el tiempo, su orden prevaleciente, su *statu quo*. La virtualidad en cambio contiene las posibilidades cristalizadas en la actualidad, más otras potencias no realizadas que sin duda podrían serlo si reuniese las condiciones de su realización, actualización u objetivización.

El juicio afirmativo es el juicio de la actualidad de las cosas o los acontecimientos. El juicio negativo refiérese a la virtualidad no actualizada u objetivada, y de ahí que el juicio negativo sea el portador de las potencias del cambio, de la subversión y la revolución.

Valga en este momento traer a cuento lo que Herbert Marcuse anotó en el segundo prefacio a su libro titulado *Razón y Revolución*. “Este libro —dice Marcuse— fue escrito con la esperanza de que pudiera ser una pequeña contribución al esfuerzo por revivir, no Hegel, sino una facultad mental que está en peligro de obliterarse: el poder del pensamiento negativo. Hegel lo define así: Pensar es, sin duda, esencialmente la negación de eso que está inmediatamente ante nosotros. ¿No quiere decir esto que Hegel hace de la negación la categoría central de la dialéctica? ...” La negación que la dialéctica opera en la comprensión cabal del mundo, sin hacer a un lado sus constantes contradicciones, “no es sólo una crítica a la lógica conformista, que niega la realidad de las contradicciones; es también una crítica en sus propios fundamentos del Estado dado de los negocios, del sistema establecido de vida, que niega sus propias promesas y potencialidades”.

En alguna ocasión recordamos la desconcertante carta que Napoleón escribió a Roederer: “La sociedad no puede existir sin la desigualdad de fortunas, y la desigualdad de fortunas no puede existir sin la religión. Cuando un hombre muere de hambre al lado de otro que rebosa de bienes, le es imposible aceptar esta diferencia si no hay ahí una autoridad que le diga: Dios lo quiere así; es preciso que haya pobres y ricos en este mundo; pero inmediatamente, y durante toda la eternidad, el reparto se hará de otro modo”. Esta es la tesis que desde aquel tiempo hasta el presente sostienen los señores del dinero como verdad apodéctica, dogmática, no sujeta a discusión, pues debe aceptarse bajo pena de constreñimiento físico o moral, y en última instancia de destrucción y aniquilamiento del oponente.

La misma medida de la desigualdad aplica el capitalismo a la libertad. La libertad es la ruta que la humanidad tiene a disposición para enunciar posibilidades virtuales de las cosas y los acontecimientos no comprendidas en el *statu quo*; y por esto la negación resulta el juicio lógico de la libertad. Ante el *statu quo* esta negación sólo es tolerable si no niega peligrosamente sus basamentos, y de ahí la necesidad de limitar la libertad. Libertad para el *statu quo* no es

cualquier negación, sino sólo aquella controlable por los mecanismos inmunológicos del propio *statu quo*. Este es el dogma de la libertad que el capitalismo hegemónico de nuestro tiempo considera una categoría inmutable e inobjetable.

Las anteriores reflexiones permiten comprender que la sociedad industrial ha creado dogmas de igualdad y libertad que tradúcese en la igualdad del *statu quo* y su libertad. La igualdad de éste postula como necesaria la desigualdad de hombres y pueblos pobres ante hombres y pueblos ricos. Y la libertad del *statu quo* es la que implica el ejercicio de cualquier libertad con la excepción de la libertad que lo niegue.

Pero lo anterior no terminan aquí. Va más allá. La persistente disensión ha planteado la urgencia de crear un consenso artificial en el *homo sapiens* capaz de excluir en sus raíces la facultad de disentir. Un tableteo propagandístico constante y totalitario impregna los sentidos de los habitantes de la ciudad y el campo. Con apoyo en los recursos más sofisticados de las ciencias y las tecnologías, incluidos el conductismo y el psicoanálisis, impregnándose en las conciencias los prerequisites y condiciones de un consenso autoopresivo que identifica las demandas y necesidades individuales y colectivas con las ofertas materiales, políticas y culturales del aparato económico y social más adecuadas a la producción y reproducción del *statu quo*.

La habilidad disuasiva y ejecutiva de la neoimperialidad acuñada en las postrimerías del milenio ha difundido espanto y dolor en los continentes. Hiroshima y Nagasaki sufren aún las mutilaciones de la irresponsable saña atómica del agosto trágico, y lo mismo sucede en Vietnam que en Granada, en Panamá y en los refugios de Bagdad. El dogmatismo de nuestro tiempo no se limita a castigar con piras de leña verde; usa las llamas si es necesario, pero prefiere la práctica ilimitada de la ablación moral. La facultad mental de la negación es remodelada en el juicio afirmativo de los intereses creados.

En el instante en que Cuba proclama su derecho soberano al establecimiento de una sociedad igualitaria, libre en lo personal e independiente, negando el determinismo de la desigualdad y la relati-

siempre ha sido un centro, un puntal, un nudo, una espina y una piedra en el zapato de Washington. En el período anterior a la Guerra Civil estadounidense es posible encontrar documento tras documento en el que se giran instrucciones a los embajadores de Estados Unidos afirmando que “nunca se permitiría la cesión de esa preciosa isla” a ninguna otra potencia.<sup>3</sup> El caso cubano fue mencionado en el período inmediatamente anterior a la Guerra Civil en los intentos por “reafirmar la Doctrina Monroe” y entre 1857 y 1858 se dio un prolongado debate senatorial sobre la compra de la isla a España.<sup>4</sup> Con el mayor desarrollo y expansión del capitalismo, ampliada inmensamente su proyección continental con la toma de vastos territorios mexicanos y afianzada su expresión más “moderna” y ferrocarrilera se estimula y se despiertan fuertes sentidos expansionistas abrigados al calor de un orgullo nacional cuyo indicio se encuentra en la aceleración del movimiento a favor de una marina de guerra mayor inspirada doctrinariamente en el monroismo, en el pensamiento estratégico sobre el poderío marítimo de Alfred Thayer Mahan,<sup>5</sup> y, desde luego, sobre las necesidades objetivas del capitalismo estadounidense, pujante, dinámico, voraz y depredador.<sup>6</sup> Quienes adoptaron el punto de vista de Mahan sobre el papel fundamental de la fuerza naval en los asuntos internacionales, invariablemente se apoyaron en las premisas del monroismo: Mahan era un cuidadoso seguidor de esa Doctrina, de aquí que, casi como consecuencia, la propuesta de Monroe recibió mayor apoyo en las fuerzas de proyección de poder militar que, hasta la fecha, son su fundamento.

La primera ocasión en que el gobierno de los Estados Unidos solicitó y obtuvo del congreso, el reconocimiento a “su derecho” (autoconferido) de intervenir en los asuntos internos de un Estado del continente americano fue precisamente en el caso de Cuba. En la Enmienda Platt, a la Ley de Presupuesto para el Ejército de 1901, se estipulaba que aunque las fuerzas estadounidenses debían retirarse de la isla —como resultado de la guerra hispano-americana—, el gobierno de Cuba debía consentir el ejercicio de un derecho de intervención de los Estados Unidos “para la preservación de la independencia cu-

cualquier negación, sino sólo aquella controlable por los mecanismos inmunológicos del propio *statu quo*. Este es el dogma de la libertad que el capitalismo hegemónico de nuestro tiempo considera una categoría inmutable e inobjetable.

Las anteriores reflexiones permiten comprender que la sociedad industrial ha creado dogmas de igualdad y libertad que tradúcese en la igualdad del *statu quo* y su libertad. La igualdad de éste postula como necesaria la desigualdad de hombres y pueblos pobres ante hombres y pueblos ricos. Y la libertad del *statu quo* es la que implica el ejercicio de cualquier libertad con la excepción de la libertad que lo niegue.

Pero lo anterior no terminan aquí. Va más allá. La persistente disensión ha planteado la urgencia de crear un consenso artificial en el *homo sapiens* capaz de excluir en sus raíces la facultad de disentir. Un tableteo propagandístico constante y totalitario impregna los sentidos de los habitantes de la ciudad y el campo. Con apoyo en los recursos más sofisticados de las ciencias y las tecnologías, incluidos el conductismo y el psicoanálisis, impregnándose en las conciencias los prerequisites y condiciones de un consenso autoopresivo que identifica las demandas y necesidades individuales y colectivas con las ofertas materiales, políticas y culturales del aparato económico y social más adecuadas a la producción y reproducción del *statu quo*.

La habilidad disuasiva y ejecutiva de la neoimperialidad acuñada en las postrimerías del milenio ha difundido espanto y dolor en los continentes. Hiroshima y Nagasaki sufren aún las mutilaciones de la irresponsable saña atómica del agosto trágico, y lo mismo sucede en Vietnam que en Granada, en Panamá y en los refugios de Bagdad. El dogmatismo de nuestro tiempo no se limita a castigar con piras de leña verde; usa las llamas si es necesario, pero prefiere la práctica ilimitada de la ablación moral. La facultad mental de la negación es remodelada en el juicio afirmativo de los intereses creados.

En el instante en que Cuba proclama su derecho soberano al establecimiento de una sociedad igualitaria, libre en lo personal e independiente, negando el determinismo de la desigualdad y la relati-

vización de la libertad, rompe con los dogmas de la sociedad afluyente porque tal rompimiento implica la libertad o derecho de disensión. Así es como la Cuba revolucionaria de hoy simboliza la posibilidad de crear una sociedad compatible con la dignidad humana.

Cuba es avanzada de la democracia en que el pueblo ejerce el poder de Estado. Cuba es el hombre que niega el dogma y abre las puertas a la libertad creadora. Cuba es en América Latina la subversión de la libertad y la justicia en un área de subordinación opresiva.

Concluyamos con las palabras que pronunciara Sócrates en su célebre Apología. Ante los quinientos jueces, muchos analfabetas cuidadosamente elegidos por sus enemigos políticos, el maestro de Platón proclamó lo siguiente: “Nadie en la tierra tiene el derecho de decir a otro hombre lo que debe creer, o de privarlo del derecho a pensar como lo considere conveniente”. Esta es la esencia de la libertad y la justicia que defiende Cuba en el mundo contemporáneo.

LAS RELACIONES CUBANO-ESTADOUNIDENSES:

## Su impacto hemisférico\*

---

John Saxe-Fernández\*\*

*A Gregorio Selser  
in memoriam*

**L**as relaciones de los Estados Unidos de América con Cuba siempre han marcado pautas centrales con relación a América Latina a lo largo de la historia<sup>1</sup> en la época contemporánea.<sup>2</sup> Cuba

\*El contenido (corregido y aumentado) de la conferencia del 11 de marzo de 1992 organizada por el Departamento de Política y Cultura de la UAM-X, se concretó en el texto presentado como Ponencia Magistral al Foro Veracruz: Las culturas del Golfo y el Caribe a 500 años. Organizado por el Instituto Veracruzano de Cultura, ciudad de Veracruz, Veracruz, del 6 al 10 de abril de 1992. Ofrecemos esta versión definitiva.

\*\* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Autor, entre otros, de *Proyecciones Hemisféricas de la Paz Americana*. Amorrortu, Buenos Aires: *De la Seguridad Nacional*, Grijalbo, México (Colección 70); *Petróleo y Estrategia*, Siglo XXI editores, México: *Ciencia Social y Política Exterior*, Editorial Universitaria, México: coautor con R. Stavenhagen, *El Futuro de América Latina*, Editorial Contemporáneos, Argentina.

siempre ha sido un centro, un puntal, un nudo, una espina y una piedra en el zapato de Washington. En el período anterior a la Guerra Civil estadounidense es posible encontrar documento tras documento en el que se giran instrucciones a los embajadores de Estados Unidos afirmando que “nunca se permitiría la cesión de esa preciosa isla” a ninguna otra potencia.<sup>3</sup> El caso cubano fue mencionado en el período inmediatamente anterior a la Guerra Civil en los intentos por “reafirmar la Doctrina Monroe” y entre 1857 y 1858 se dio un prolongado debate senatorial sobre la compra de la isla a España.<sup>4</sup> Con el mayor desarrollo y expansión del capitalismo, ampliada inmensamente su proyección continental con la toma de vastos territorios mexicanos y afianzada su expresión más “moderna” y ferrocarrilera se estimula y se despiertan fuertes sentidos expansionistas abrigados al calor de un orgullo nacional cuyo indicio se encuentra en la aceleración del movimiento a favor de una marina de guerra mayor inspirada doctrinariamente en el monroísmo, en el pensamiento estratégico sobre el poderío marítimo de Alfred Thayer Mahan,<sup>5</sup> y, desde luego, sobre las necesidades objetivas del capitalismo estadounidense, pujante, dinámico, voraz y depredador.<sup>6</sup> Quienes adoptaron el punto de vista de Mahan sobre el papel fundamental de la fuerza naval en los asuntos internacionales, invariablemente se apoyaron en las premisas del monroísmo: Mahan era un cuidadoso seguidor de esa Doctrina, de aquí que, casi como consecuencia, la propuesta de Monroe recibió mayor apoyo en las fuerzas de proyección de poder militar que, hasta la fecha, son su fundamento.

La primera ocasión en que el gobierno de los Estados Unidos solicitó y obtuvo del congreso, el reconocimiento a “su derecho” (autoconferido) de intervenir en los asuntos internos de un Estado del continente americano fue precisamente en el caso de Cuba. En la Enmienda Platt, a la Ley de Presupuesto para el Ejército de 1901, se estipulaba que aunque las fuerzas estadounidenses debían retirarse de la isla —como resultado de la guerra hispano-americana—, el gobierno de Cuba debía consentir el ejercicio de un derecho de intervención de los Estados Unidos “para la preservación de la independencia cu-

bana, el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual y para cumplir sus *obligaciones con respecto a Cuba*".<sup>8</sup> Aunque en el Senado de Estados Unidos hubo reticencias a hacer explícitas las vinculaciones entre la Enmienda Platt y la Doctrina Monroe, el archivo deja constancia que varios senadores hicieron público lo que se deseaba mantener en un "perfil bajo", es decir, que la propuesta de Platt era —en las palabras del Senador Hoar—, "Una estipulación adecuada y necesaria para la aplicación de la Doctrina Monroe al país más cercano de América (Estados Unidos) con excepción de México".<sup>9</sup>

Las interferencias de Estados Unidos en los asuntos internos de Cuba (y también en México) ayudaron a establecer métodos de expansión y retóricas de justificación, que se usarían con otros países latinoamericanos y del Caribe. No se da una anexión total. Se da una situación de *status* "semicolonial" en el contexto ideológico de lo que autores como Howard Zinn<sup>10</sup> llaman el "nacionalismo liberal", es decir, se ofrece una protección paternalista a cambio del establecimiento de bases militares; del control de empresas estadounidenses sobre los sectores estratégicos y más redituables de la economía y del apoyo irrestricto a los regímenes que mostraran una incuestionable adhesión a los intereses económicos y militares de los Estados Unidos, sin importar que fuesen las más terribles dictaduras. Es esta, la receta que se ensaya en Cuba (el nacionalismo liberal) para "liberar" a la isla del dominio español al finalizar el siglo XIX. Al concluir la guerra hispanoamericana los Estados Unidos insisten en que Cuba acepte el establecimiento de bases navales y como ya apuntamos, el "derecho" de Estados Unidos de enviar tropas.

La actuación estadounidense en la guerra hispanoamericana debe interpretarse en medio de las tendencias históricas y económicas pero también de las ideológicas. Zinn plantea que, es desde los grandes acontecimientos bélicos que surgen verdaderas oleadas de "benevolencia idealista" para justificar, ya sean intervenciones o participaciones en otras contiendas militares y expansionistas: se trata de una especie de cortina de humo no sólo sobre sus propios crímenes y atrocidades

o ambigüedades, sino también sobre las otras guerras y políticas exteriores que le siguen. Así, la autoglorificación que surgió de la Guerra Revolucionaria de Independencia duró suficiente para ocultar el sentimiento y los motivos expansionistas –y antirrecesivos– detrás de la guerra de 1812 y de la Guerra contra México. Y la verdad a medias, de que la Guerra Civil fue una noble acción para acabar con la esclavitud –y no lo que centralmente fue, es decir, una confrontación entre el capitalismo industrial modernizándose de manera espectacular frente a otro más arcaico– sirvió para “facilitar” que el público aceptara más fácilmente la Guerra contra España por la adquisición de Cuba y las tomas de Puerto Rico, las Filipinas y las Islas Sandwich (Hawaii), acciones todas ellas planteadas como actos moralmente justificables.<sup>11</sup>

Ningún historiador serio de la evolución de la política exterior de Estados Unidos en general y hacia Cuba y el hemisferio en particular, puede dejar a un lado las observaciones de Thorstein Veblen,<sup>12</sup> el más cuidadoso y acucioso analista del capitalismo y el proceso industrial estadounidense –especialmente la etapa posterior a 1870 hasta prácticamente la segunda década del siglo XX–. Después de evaluar en detalle cómo la guerra de 1812 se vincula con la gran depresión de 1808-1809 –y que efectivamente propició la recuperación gradual y el *boom* experimentados ya plenamente en 1813-1814– procede con el estudio de los acontecimientos de política exterior que siguieron al pánico bursátil de 1836 y de las condiciones de depresión generalizada de 1837 a 1843. Efectivamente surgen oleadas de gran prosperidad como resultado de la gran especulación de tierras que siguió a la repartición de bienes raíces a “troche y moche” después de la toma y absorción de poco más de la mitad del territorio mexicano, y ya para el período posterior a la guerra civil, Veblen observaba en una obra de 1904 que, “...a partir de los años setenta... el curso de los acontecimientos en el mundo de los negocios ha adoptado un cambio más permanente con relación a las crisis y a las depresiones. Durante el período más reciente y con persistencia acentuada, la depresión crónica ha sido la regla en lugar de la excep-

ción. Los períodos de bonanza, de prosperidad ordinaria, durante este lapso casi uniformemente pueden explicarse en términos de causas externas al proceso industrial propiamente: el período de prosperidad que ahora se cierra surgió precisamente de la Guerra Hispanoamericana, que conllevó gastos en abastecimientos, municiones y servicios, colocando al país en pie de guerra, ayudando a desvanecer la depresión y trayendo la prosperidad a la comunidad empresarial”.<sup>13</sup>

Las percepciones sobre lo que en 1831 Tocqueville percibió como “el despotismo de la mayoría” –que en realidad evidenciaba la dirección y las convicciones de las minorías que ya controlaban y monopolizaban los medios de información y “moldeaban a la llamada opinión pública”<sup>14</sup> –coinciden con los asertos de Veblen en el sentido de que frente a la tendencia crónica a la depresión del sistema capitalista, los “intereses” creados se las arreglaban para montar “estímulos” con el fin de crear lo que se denomina como *unproductive consumption* (consumo improductivo), por medio de políticas que alientan la preocupación popular –en el siglo XIX– por la “integridad nacional”, o lo que ahora se hace en nombre de la “seguridad nacional”.<sup>15</sup> Los que encuentren esta visión que combina a Tocqueville con Veblen como algo irreal a partir de 1904, mejor recuerden que la economía de Estados Unidos se salvó de una fuerte contracción gracias a la Primera Guerra Mundial y a la prosperidad que le siguió y que luego volvió a hundirse en la más profunda depresión en los años treinta, de la que se recuperó sólo después de su participación en la Segunda Guerra Mundial, y que las prosperidades que siguieron –también en ciclos recesivos– se han asociado con las guerras frías y calientes que han significado la inversión en el sector militar de –en dólares constantes de 1970– cuatro billones cuatrocientos mil millones sólo entre 1945 y 1990.<sup>16</sup> Virtualmente, en todas estas ocasiones se intensificaron las campañas de histeria xenofóbica aunque es claro que, como lo indica el antropólogo Jules Henry, Tocqueville, que tanto admiró la independencia de Estados Unidos, su amor por la paz y la justicia y su espíritu de empresa, jamás pudo

imaginarse en 1831, un rasgo de los Estados Unidos contemporáneos: el gran miedo que llevaría a esa pacífica nación al desenfreno militarista. Es decir, en las palabras de Henry, “el miedo obsesivo a la aniquilación por una potencia extranjera”, miedo que “no existía cuando Tocqueville visitó los Estados Unidos y nuestro ejército era tan pequeño, – 6 000 hombres– nuestra armada tan risiblemente diminuta, nuestra absorción en nosotros mismos tan completa, tan evidente nuestro pacifismo, que se vio llevado a calificarnos ‘el pueblo menos militarista del mundo’. Tampoco pudo Tocqueville, aunque vio muchas de las consecuencias humanas de la nueva tecnología y nueva ciencia que estaba surgiendo, imaginarse el fantasma de muerte que crearían; o que llegaría a ser común que científicos y estadistas se imaginasen centenares de millones de cadáveres”.<sup>17</sup>

Tocqueville, a pesar de toda su inteligencia sobre el futuro, no pudo percatarse del inmenso poder persuasivo que acarrea el expansionismo territorial, comercial, industrial y financiero de la emergente y vigorosa burguesía estadounidense, para cuyo “enérgico y libérrimo florecimiento ninguna traba material ni moral ha estorbado”, como decía Mariátegui, ni siquiera lo que Tocqueville dio en llamar “el despotismo de la mayoría”. Esa burguesía utilizó a su favor, cuando le convino, los impulsos xenofóbicos que sabía anidados desde hace mucho tiempo en esas “mayorías” que ya empezaba a usar a su antojo en campañas militares.<sup>18</sup>

En el período de los años treinta y al calor de la acción concertada de las naciones iberoamericanas a favor del principio de no-intervención,<sup>19</sup> Estados Unidos, por razones que ahora se perciben como eminentemente tácticas, abandona el Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, corolario que, en las palabras de Theodore Roosevelt, advertía y reafirmaba “la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe, lo que puede obligar a los Estados Unidos, aunque sea de mala gana, en los casos flagrantes de mal proceder o de impotencia, a ejercer un poder policial internacional en el hemis-

ferio occidental”.<sup>20</sup> En mayo de 1934 el gobierno de Franklin Delano Roosevelt negoció con Cuba un tratado para la abrogación de la Enmienda Platt.

Las grandes oleadas de histeria xenofóbica o lo que Zinn llama los “grandes ciclos de autoglorificación” se volvieron a repetir, esta vez a raíz de la Segunda Guerra Mundial, de la que surge Estados Unidos como potencia global en una realidad en la que proyectó multidimensionalmente su poderío. Esa guerra –dice Zinn– dio a Washington tal sentido de rectitud, justicia y virtud y una consolidada autopercepción como los campeones del mundo libre –hasta el trauma en Vietnam– para participar en un todavía más intenso ciclo interventor a nivel mundial (planteado en lo que se conoce como la “globalización” de la Doctrina Monroe, por medio de la llamada “Doctrina” Truman explicitada en un discurso ante el Congreso del 12 de marzo de 1947 para justificar la intervención militar en Grecia y Turquía.<sup>21</sup> Pero la brecha entre la retórica del “nacionalismo liberal” y la realidad se fue acrecentando conforme avanzó el período de la guerra fría.

Es cierto que la reunión en Yalta<sup>22</sup> mostró que los británicos, rusos y norteamericanos basaron su “coalición” en unas necesidades militares comunes más que en ninguna simpatía política mutua y que, además, como lo explica Gabriel Kolko,<sup>23</sup> desde el punto de vista militar la posición de la URSS rara vez había sido más fuerte frente a sus aliados que cuando los estadistas se reunieron en aquel palacio zarista, “conmoveramente arreglado para discutir el futuro del mundo”.<sup>24</sup> El presidente Franklin Roosevelt, al regresar de esa cumbre con Stalin y Churchill sintetizó las aspiraciones para la posguerra así:

“Yalta... debe ayudar a terminar con el sistema de acciones unilaterales, de alianzas exclusivas, de esferas de influencia, de balanzas de poder. Todos estos y otros instrumentos se han usado por siglos y siempre fracasaron”.<sup>25</sup>

Zinn recuerda que frases similares se le escucharon al presidente Wilson veinticinco años antes, al finalizar la Primera Guerra Mundial. La divergencia entre esas palabras y los hechos no sólo dan una

idea exacta de cómo el mundo de la posguerra mantuvo los mismos sistemas y *modus operandi*, sino que también la política exterior de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial es literalmente una reproducción, en sentido contrario, de lo mencionado por Roosevelt. Documentos dados a conocer posteriormente, indican que desde 1939 la Casa Blanca de Roosevelt, el Departamento de Estado y el Council on Foreign Relations estaban abocados al diseño de *blueprints* (planes maestros) para el período de posguerra, fundamentados en la proyección mundial de lo que entonces se conceptualizó como *grand area*, uno de los desarrollos a nivel práctico y doctrinario más importantes de la Doctrina Monroe.<sup>26</sup> En el establecimiento de un “nuevo orden mundial” persistió la acción unilateral, como en el Líbano, en la República Dominicana, en Vietnam, en Laos, Camboya y en Chile, así como, de manera notable —pero fallida— en Cuba. Las alianzas exclusivas se forjaron precisamente alrededor de esa noción, como la OTAN, el SEATO, el CENTO y el TIAR; las esferas de influencia fueron parte central de la planeación estratégica del gobierno de Roosevelt. Roosevelt participó en las discusiones de documentos como por ejemplo el Memorándum E-B19 que sintetizaba las “partes fundamentales de una política exterior encaminada a lograr la supremacía económica y militar de los Estados Unidos en el mundo no-germano”.<sup>27</sup> El hemisferio occidental fue considerado como el “área mínima” que posteriormente fue ampliándose, de aquí que, si Roosevelt hubiese vivido el período posbélico no podría haberse sorprendido sobre la permanencia de esferas de influencia de Washington en América Latina y el Caribe, en el Oriente Medio, tanto como en Taiwán, las Filipinas, Tailandia o Japón, o que la balanza de poder se expresara —como ocurrió efectivamente en Corea— en el conflicto sobre Berlín, y desde luego, en la crisis de cohetes en Cuba.

Cuba y su experiencia con Estados Unidos se transformó en campo de prueba para el intervencionismo desatado por Washington después de la Segunda Guerra. La idea de intervención en el exterior se convirtió en algo “aceptable” durante la guerra, fundamentalmen-

te porque parecía justificada por las invasiones de Hitler en Europa y las expansiones territoriales de Japón en Asia. Después de la guerra se hizo más fácil ampliar el método intervencionista pero como respuesta no a invasiones de una potencia militarizada contra sus vecinos, sino, como en el caso de Grecia, usado para establecer la Doctrina Truman para contener procesos revolucionarios. Es decir, situaciones “internas”. Esto no es algo nuevo. Desde principios de siglo Estados Unidos había enviado fuerzas interventoras a Cuba, Haití, la República Dominicana, México, Nicaragua, precisamente para evitar modificaciones políticas o la puesta en marcha de planes económicos desagradables a los intereses empresariales o al gobierno de los Estados Unidos. Lo nuevo fue la “globalización” de esas experiencias.

Como lo indica el caso de Grecia, después de la Segunda Guerra, los métodos de intervención se basaron no sólo en instrumentos militares, sino también por medio del envío de armamentos, el adiestramiento de fuerzas militares y policíacas, el despliegue de “consejeros”, etcétera. Con el Acta de Seguridad Nacional de 1947 se establecieron instrumentos para la intervención “clandestina”, algo que ciertamente ha afectado el funcionamiento mismo del sistema político-constitucional de Estados Unidos ya que se crearon instrumentos de “excepción” es decir, que le daban la vuelta a los principios legales internos –locales, estatales, de condado y federales– y desde luego el derecho internacional. Se estableció la Agencia Central de Inteligencia (CIA)<sup>28</sup> para la realización de operaciones que por su naturaleza ilegal debían permanecer clandestinas; todo lo cual alentó más frecuentes intervenciones encubiertas o abiertas y armadas como una política a la que podría acudir “en última instancia” y a veces –como ocurrió en el caso de Corea y posteriormente de Cuba y Vietnam– en primera instancia.

Para realizar estos operativos, Washington se arropó en la retórica del liberalismo nacionalista y ya fueran gobiernos demócratas o republicanos, la tendencia intervencionista persistió apoyada por todo un “paquete” doctrinario, usualmente conocido como doctrina de la

“contención” planteada por intelectuales como George Kennan,<sup>29</sup> y de un vasto y bien financiado aparato de “relaciones públicas”, es decir de propaganda. Las intervenciones de la guerra fría se realizaron con el empuje de un “consenso” bipartidista y hasta virtualmente los años ochenta se ajustaron en gran medida a la tradición retórica del nacionalismo liberal. La expansión de los intereses estadounidenses en el mundo fue sorprendente y difícil de imaginar a principios de los cincuenta. Cuando se da la Revolución Cubana la inversión estadounidense representaba el 60 por ciento de la inversión extranjera total en el mundo. Las exportaciones de Estados Unidos no sólo competían con productos de otras naciones sino que las empresas estadounidenses tenían instaladas dentro de otras naciones firmas que competían con los productos domésticos. En 1963 las empresas de Estados Unidos controlaban más de la mitad de la industria automotriz de Inglaterra, el 40 por ciento de las industrias telegráficas, telefónicas, electrónicas y de equipo estadístico en Francia. En 1967 la Cámara de Comercio de Estados Unidos calculaba que el valor bruto de la producción de las empresas estadounidenses en el exterior era de más de 100 mil millones de dólares, es decir, el equivalente a la capacidad productiva de una tercera nación, sólo después de Estados Unidos y la URSS.<sup>30</sup> El dominio económico sobre América Latina fue –y ahora con la privatización y extranjerización de las grandes empresas públicas la tendencia podría agudizarse todavía más– inmenso. En la década de los cincuenta, empresas de ciudadanos estadounidenses controlaban entre el 80 y 100 por ciento de todos los consorcios dedicados a los servicios públicos en Cuba, así como las minas, los ranchos ganaderos y las refinerías. Asimismo eran los propietarios del 40 por ciento del azúcar, la principal industria del país y 50 por ciento de los ferrocarriles. Entre 1950 y 1960 la balanza de pagos entre Cuba y Estados Unidos fue crónicamente adversa a la isla, transformada en una economía realmente “tributaria” durante ese período por más de mil millones de dólares.<sup>31</sup> Desde que en 1952 Fulgencio Batista dio un golpe de Estado, fungió –como ya lo había hecho antes dentro y fuera del gobierno– como

guardián de los intereses empresariales y del bajo mundo estadounidense. Desde 1933 el genio financiero de la mafia, Meyer Lansky, había logrado concesiones para operar en Cuba, montando todo un paraíso gansteril a sólo 90 millas de Miami.<sup>32</sup> Lansky, íntimo de Batista, pronto inauguró varios casinos. De acuerdo con el investigador Howard Kohn, la Oficina de Inteligencia Naval de Estados Unidos usó a Lucky Luciano para que, por medio de Lansky presionara a Batista para que renunciara en 1944. A su regreso, después de ocho años exiliado en Florida, Batista asumió el poder en un incruento golpe mientras Prío Socarrás fue convencido —por medio de varias cuentas bancarias en Suiza— para que no pusiera resistencia al ascenso de Batista. Bajo la influencia de Lansky, el gobierno de Batista procedió a colocar fondos paralelos para el desarrollo de hoteles, casinos y otros “negocios” en Cuba. El Hotel Nacional, el Sevilla Biltmore, el Havanna Hilton, el Havanna Riviera —construido directamente por Lansky— empezaron a modificar el panorama de La Habana. El gran negocio se centró también en el tráfico de narcóticos y el juego. Santos Trafficante, virtual dueño del Sans Souci y su socio John Roselli, eran personajes del momento. Roselli posteriormente fue figura clave en los intentos de la CIA para asesinar a Fidel Castro.<sup>33</sup> Trafficante y Lansky eran dueños —con otros— del Casino Tropicana, administrado por el jugador profesional de Dallas, Texas, Lewis McWillie, el “ídolo” de Jack Ruby. En Cuba Lansky y su socio Bugsy Siegel usaron las mismas tácticas que tan exitosamente hicieron surgir del desierto a Las Vegas. La magnitud de las operaciones del bajo mundo estadounidense en La Habana fueron descritas por G. Robert Blakey, profesor de derecho, Director del Instituto sobre Crimen Organizado de la Universidad Notre Dame y Consejero director del Comité del Congreso que investigó el involucramiento del gobierno estadounidense en varios programas de asesinatos, así: “La Habana, en pocas palabras, era una capital del vicio de tiempo completo, cuyos dueños y operadores eran los gansters organizados”.<sup>34</sup> Cuando Fidel Castro cumplió su promesa de sacar del país a estas organizaciones gansteriles (deportó a los miembros del “sindi-

cato”, cerró las casas de prostitución, los casinos y los laboratorios de drogas), la Agencia Central de Inteligencia (CIA), empezó a preocuparse, entre otras razones porque ese organismo había venido usando la infraestructura de los casinos de La Habana para canalizar fondos a ciertos miembros y grupos del crimen organizado para realizar operativos de “seguridad nacional”. Según Marrs “de ahí surgió la idea de derrocar a Castro por medio de una invasión. También de ahí surgió y se desarrolló la alianza entre la CIA, el crimen organizado, el aparato militar estadounidense y los exiliados cubanos, y esta fue la alianza que produjo el fiasco de Bahía Cochinos”.<sup>35</sup>

El hecho es que por aproximadamente siete años, Batista continuó sirviendo esencialmente a los intereses empresariales y del bajo mundo de los Estados Unidos. La represión política fue bárbara. Los asesinatos, las desapariciones y la tortura, hechos cotidianos en las calles de La Habana, la gran letrina gansteril, donde el terror y la violación de los derechos humanos fueron generalizados. Durante este largo y corrupto régimen no se escuchó “ni pío” de Washington respecto a estas atrocidades. Al contrario, se enviaron apoyos militares, por medio de transferencias de armamento para la represión, misiones militares y todo tipo de apoyo de naturaleza “policial” para mantener a Batista en el poder. Más que la fuerza militar del movimiento nacionalista y revolucionario liderado por Fidel Castro, fueron la corrupción, la crueldad y la impopularidad de Batista, los que jugaron el papel central en su caída.<sup>36</sup> Además de mandar a la cárcel a Santos Trafficante y sus socios, Castro procedió con un ambicioso programa de reconstrucción nacional: en vivienda popular, escuelas y clínicas, en la distribución de tierras bajo nuevas leyes de Reforma Agraria (se confiscaron más de un millón de acres de tres grandes empresas estadounidenses). Las relaciones con Estados Unidos empezaron a deteriorarse casi inmediatamente después del primero de enero de 1959. C. Wright Mills, Howard Zinn y Sartre - entre otros- aciertan en sus trabajos sobre Cuba al afirmar que Castro respondió esencialmente a sentimientos nacionalistas y populares cubanos; que la relación del movimiento revolucionario con el

partido comunista de entonces a veces eran armoniosas, pero no siempre y que el gobierno de Eisenhower jamás se preocupó por entender estas características. Cuando el régimen revolucionario necesitó financiamiento, lo primero que hizo fue recurrir a los Estados Unidos y de la famosa visita que hizo a Nueva York en abril de 1959, Castro regresó sin apoyo alguno. Las razones todavía no están claras, pero algunos analistas como Zinn especulan que de haber aceptado las políticas del Fondo Monetario Internacional —políticas antipopulares y profundamente recesivas— habría impedido precisamente la aplicación del programa de expansión económica y de redistribución que tenían en mente los revolucionarios cubanos. Además, bajo tales políticas fondomonetaristas habría sido difícil aplicar el programa de recuperación de las riquezas nacionales junto con la nacionalización de hoteles y casinos.

La historia que sigue ha sido narrada abundantemente, pero hoy que Cuba enfrenta un asedio mayor, es conveniente recordarla:<sup>37</sup> en octubre de 1959 Washington envió una nota oficial de protesta por la Reforma Agraria y la expropiación de empresas estadounidenses. Pocos meses después, aceptando como suya la noción establecida por el Derecho internacional respecto a la igualdad jurídica de los estados y su soberanía, Cuba firma un convenio comercial con la URSS. Las relaciones con Estados Unidos se deterioraron más. Ese convenio comercial surge cuando Estados Unidos redujo su cuota azucarera (unas 700 mil toneladas según fuentes estadounidenses. Fuentes más confiables estiman la reducción de la cuota en 3 millones de toneladas). Luego las empresas petroleras de Estados Unidos rehusan refinar el petróleo que se obtuvo a cambio del azúcar rechazado por Washington. Cuando las refinerías amenazan con no suplir petróleo, el gobierno cubano se enfrentó a dos alternativas: ponerse de rodillas ante Washington o tomar las instalaciones petroleras, y eso fue exactamente lo que se hizo. Después de poco más de un año de que Castro asumiera el poder, Eisenhower autorizó en el más absoluto secreto, para que la CIA armara y adiestrara a exiliados cubanos en Guatemala para montar un operativo como el exitosamente usado

en ese país centroamericano para implantar a Castillo Armas o los que se habían usado en Irán y en Lfbano. La invasión contra Cuba estaba en marcha, con el cuadro de “coalición” antes descrito.

Kennedy llega al poder después de haber criticado duramente a Eisenhower por no haber sido “suficientemente duro” con Castro. Montado en la retórica del “liberalismo nacionalista estadounidense” y profundamente anticomunista, la posición de Kennedy a lo largo de sus mil días en la Casa Blanca, experimenta grandes transformaciones. Las relaciones cubano-estadounidenses marcarán la pauta –y el destino– de esa administración hasta el día fatal de noviembre de 1963 en Dallas, Texas. Arthur Schlesinger afirma que Kennedy recibió de Eisenhower una “herencia” incómoda: el operativo contra Cuba, que implicaba lanzar un ataque encubierto que violaba otra soberanía y el derecho internacional. Se sabe que inicialmente la hostilidad de Kennedy a la Revolución Cubana era intensa.

Pero cuando la prensa estadounidense dio a conocer la existencia de bases secretas para adiestramiento e invasión contra Cuba en Guatemala y Fort Bragg –Carolina del Norte– donde se realizaban adiestramientos contra guerrilleros, la posición de Kennedy fue de condescendencia. Incluso ya había instalado en una posición central al general Maxell Taylor que fue quien propuso la Doctrina de la Respuesta Flexible que incluía toda una programación administrativa y doctrinaria para la realización de “operaciones especiales” y “operaciones clandestinas”.<sup>38</sup> Kennedy, inexperto, aparentemente no había medido cabalmente las consecuencias de lo que efectivamente fue el afianzamiento de un “gobierno” –secreto– dentro del gobierno<sup>39</sup> cuyas operaciones no se limitaron –ni se limitan– al exterior.

Arthur Schlesinger fue encargado de escribir una racionalización (un *White Paper*) para justificar la política que se aplicaría a Cuba ante la opinión pública nacional e internacional. El documento de Schlesinger es uno de los más elocuentes ejemplos de la retórica del liberalismo nacionalista y en él se argumenta que Estados Unidos no está en contra de las revoluciones sólo contra las “revoluciones, comunistas”. Y cualquiera que fuera a Guatemala o a Fort-Bragg a

entrevistar a los mercenarios que se estaban preparando para el "operativo", inmediatamente se percataría de la naturaleza de las revoluciones que tenía en mente Schlesinger. José Miró Cardona, en representación del anticastrista Consejo Revolucionario Cubano, explicó claramente que su oposición a Fidel Castro se originaba en el hecho de que "destruyó el sistema de libre empresa ... Enfáticamente aseguramos a aquellos que han sido expropiados de sus bienes, que les serán regresados ... Impulsaremos la inversión en la propiedad privada, nacional y extranjera y daremos garantías totales a la libre empresa y a la propiedad privada".<sup>40</sup> Es decir que las tierras, las refinerías, los ferrocarriles, los ingenios, los casinos, los hoteles —y presumiblemente también las casas de prostitución y los laboratorios— les serían devueltos a los intereses empresariales y del bajo mundo. Esa restauración era la esencia de la "revolución" que apoyaría Estados Unidos en Cuba y en el resto del hemisferio.

El poder creciente y la inquietante autonomía de una estructura que se transformaría en un gobierno dentro del gobierno empezó a manifestarse públicamente casi al finalizar el régimen de Eisenhower: las fuerzas belicistas percibieron la sola posibilidad de una cumbre entre el Presidente y Kruschev como algo amenazante. El incidente del U-2, el avión de espionaje interceptado y derribado a más de dos mil doscientos kilómetros "dentro" del territorio soviético, abortó la Cumbre de París en la que se profundizarían las negociaciones para detener las pruebas atómicas y controlar la carrera armamentista. Los vuelos de los aviones U-2 fueron concebidos como una operación especial provocadora y claramente violatoria de la soberanía del territorio soviético y posteriormente del cubano.<sup>41</sup> Se trataba de un programa "clandestino" que sobrepasó cualquier control y explícitamente detuvo una importante iniciativa de paz auspiciada por la Casa Blanca. Además, como lo apunta C. W. Mills,<sup>42</sup> el presidente de Estados Unidos fue visto internacionalmente en plan de mentiroso o como alguien que no tiene control sobre su aparato político: primero se dijo que el U-2 realizaba una misión "meteorológica", luego que su vuelo "no había sido autorizado por

Washington” y, finalmente, que “el presidente estaba enterado de ello y que además este programa de espionaje ya estaba operando desde hacía varios años”. Mientras en Ginebra se negociaba sobre el cese de las pruebas nucleares, Estados Unidos anunció que las reiniciaría, lo que volvió a recalcar la existencia de “descontroles” o la articulación de una política doble: la abierta y la clandestina. El hecho es que a Eisenhower le correspondió el dudoso honor de ser el primer jefe de Estado de toda la época moderna que tuvo que declararse personalmente responsable por un acto de espionaje.

Su sucesor, John F. Kennedy, le seguiría casi inmediatamente, cuando aceptó toda la responsabilidad por la invasión a Cuba. Es ya famoso el comunicado del 24 de abril de 1961, en el que la Casa Blanca declara que Kennedy “ha reconocido desde el principio que como presidente sólo en él recae la responsabilidad por los actos de los últimos días. Lo ha dicho en todas las ocasiones y ahora lo repetimos para que todos lo entiendan. El presidente se opone de la manera más vigorosa a que esta responsabilidad sea atribuida a otros”.<sup>43</sup>

No fue sino hasta ese momento cuando Kennedy empezó a entender en realidad la magnitud y las dimensiones del problema que tenía entre manos una rama secreta del gobierno virtualmente sin control. El fracaso de la invasión contra Cuba iría a dar grandes lecciones a Kennedy, pero ello tomaría todavía algunos meses. Dando muestras de su falta de pericia inicial sobre estos asuntos, de inmediato nombró un comité para investigar el fiasco de Bahía de Cochinos integrado por Allen Dulles, el general Taylor, el almirante Arleight Burky y Robert F. Kennedy. En esa comisión se encontraban algunos de los más conspicuos partidarios y participantes en las “operaciones especiales” y uno de ellos, Allen Dulles, como director de la CIA, había desarrollado una fuerte estructura de operaciones que influían inconstitucionalmente sobre la dinámica política y gubernamental de Estados Unidos. Fue también durante los primeros meses del gobierno de Kennedy cuando se fortaleció la doctrina de

Taylor e incluso fue creado un Grupo Especial de Contrainsurgencia y una Subsecretaría Especial para la Contrainsurgencia y las Actividades Especiales.

Pocos días después de la fracasada invasión, Kennedy revivió una vez más los parámetros centrales de la unilateralidad internacional que implicaba el corolario de Teodoro Roosevelt, arropándolo en la retórica de la guerra fría al advertir, ante la Sociedad estadounidense de Editores que, "Cualquier intervención unilateral por parte de Estados Unidos, en ausencia de un ataque externo contra nosotros o uno de nuestros aliados, habría sido contrario a nuestras tradiciones y a nuestros compromisos internacionales. Pero que quede claramente establecido que nuestra capacidad de autocontenernos y frenarnos no es inagotable. Si en algún momento pareciera que la doctrina interamericana de no intervención sirviese meramente para escudar una política de inacción —si las naciones del hemisferio no llegan a cumplir sus compromisos contra la penetración comunista—, entonces quiero que quede claramente entendido que este gobierno no dudará en cumplir su obligación primaria que es con la seguridad de nuestra nación".<sup>44</sup>

Noticias de que las actividades encubiertas y los adiestramientos anti-cubanos continuaban, llevaron a Kennedy a girar instrucciones al FBI para detenerlas y desmantelarlas. La FBI —como lo comprueba Garrison—, virtualmente hizo caso omiso de tales instrucciones. Los intentos de Kennedy por colocar a la CIA y a los otros elementos "secretos" bajo control presidencial, se intensificaron. La experiencia con Cuba lleva a ese primer mandatario a firmar dos memoranda (National Security Action Memoranda NSAM-55 y 57), considerados por analistas que fungieron como "vínculo" entre la CIA y el Pentágono, como "revolucionarios".<sup>45</sup> El número 55 asigna al Jefe del Estado Mayor la responsabilidad por cualquier operación clandestina y los documentos anexos indican que la Casa Blanca deseaba el cese de las operaciones clandestinas y su casi extinción. El número 57, considerado como un *coup d'état* contra la CIA, establece los lineamientos para los más severos recortes presupuestales y de todo tipo de recursos para los operativos clandestinos.

Ni en aquel momento ni después, fue el proceso revolucionario cubano un “peón” de la URSS, como lo ha querido tipificar la prensa estadounidense. La presencia militar en Angola se transformó en un asunto que profundizó las divergencias con Estados Unidos, especialmente durante el régimen de Carter. Mucho se debatió sobre si Cuba realmente tenía su propia política exterior o era un brazo de la de Moscú. Estas simplificaciones también se dieron cuando se debatían las relaciones chino-soviéticas y las de la URSS con Yugoslavia. El hecho es que, realmente, la política exterior cubana ha tenido como uno de sus frutos más exitosos la sobrevivencia del proceso revolucionario frente a la más implacable oposición y el más multifacético embargo comercial y asedio político-militar por parte de Estados Unidos. Es cierto —como lo afirma Jorge Domínguez—<sup>46</sup> que de las opciones críticas disponibles al liderazgo cubano entre 1959 y 1961 surgió una relación en que la Unión Soviética fungió como el principal apoyo geopolítico. Pero el punto es que la combinación de “dependencia-independencia” en esta relación va variando y muestra diferentes facetas con el transcurso del tiempo. Domínguez tiene razón al considerar primero que la URSS está lejos, que su capacidad de apoyo a Cuba —además de impedida por la geografía— se intensificó por las ineficiencias a ambos lados de la relación y que el apoyo a Cuba por parte de la URSS nunca fue un cheque en blanco. Los líderes soviéticos, después de la experiencia con China y Yugoslavia habían desarrollado gran desconfianza por los procesos revolucionarios como el cubano, realizados sin la participación o el apoyo militar soviético. A lo largo de los sesenta, Cuba, con una relación no muy confiable con los soviéticos, amplía su política exterior para mejorar las relaciones con China y Marruecos, los dos países muy mal vistos en Moscú.<sup>47</sup> El ahogo económico contra Cuba de Estados Unidos estimula el desarrollo de una política externa mundial. Ahora es bueno recordar que hasta la llegada de Gerald Ford, las subsidiarias de las empresas transnacionales estadounidenses no podían establecer relaciones comerciales con Cuba y que los barcos cubanos no podían usar las facilidades portuarias de aquellos países con los

que Estados Unidos tenía programas de “ayuda” –al menos se amenazaba con terminarla– de permitir el comercio con Cuba. En el programa de asedio, montado por Johnson y Nixon, se trató de usar a la OEA para aplicar mayores sanciones “colectivas”. Pero igualmente, durante los sesenta Cuba desarrolló posturas que no coincidían con el meollo de la política soviética. Rehusó abandonar su neutralidad ante el conflicto chino-soviético, criticó públicamente las políticas comerciales soviéticas con los enemigos latinoamericanos de Cuba, como el gobierno militar de Brasil y el de Chile de Frei. A mediados de los sesenta el comercio de Cuba con España era mayor que el que sostenía con Alemania Oriental, Polonia, Hungría o Bulgaria.<sup>48</sup> Mantuvo relaciones con México cuando los acontecimientos del 68 y cuando los precios del azúcar aumentaron en 1963-64 Cuba pudo, por un período limitado, comerciar ya fuera con economías capitalistas o socialistas. En ese momento las exportaciones a los países socialistas cayeron del 82 por ciento en 1962 al 59 por ciento en 1964 y las importaciones también pasaron, respectivamente, del 83 al 68 por ciento. Aunque luego los promedios regresaron a los niveles anteriores, el punto es que tanto en la política exterior como en la comercial se crearon mecanismos de adaptación y flexibilidad. A pesar de la política exterior bastante independiente de Cuba en los sesenta, dice Domínguez:

“La ayuda soviética continuó ininterrumpida y las relaciones llegaron a su punto más bajo en 1967-68 (invasión contra Checoslovaquia). Para la Unión Soviética, la independencia de Cuba fue percibida como un elemento más en el desmembramiento de la alianza soviética que se observa desde Yugoslavia en los cuarenta, a China en los cincuenta, a Checoslovaquia y a Cuba en los sesenta”.<sup>49</sup>

La relación dependencia-independencia tuvo altibajos. Cuando se desarrollaron resistencias cubanas a cierto tipo de interferencia política por parte de Moscú, la URSS contraatacó disminuyendo los envíos de productos petrolíferos a Cuba y al mismo tiempo aumentó sus exportaciones a los enemigos cubanos en América Latina: “El gobierno cubano tuvo que aplicar procedimientos drásticos de racionamiento

para responder a estas sanciones soviéticas. Las presiones políticas y económicas de la URSS sobre Cuba continuaron a lo largo de la primera mitad del 68".<sup>50</sup>

Durante los últimos quince años, los factores económicos y pragmáticos han jugado un importante papel en la articulación de una política exterior sin precedentes en la historia hemisférica, prácticamente desde el enunciado de la Doctrina Monroe. Esto significa que, simultáneamente la participación y el liderazgo cubanos en el Movimiento de no Alineados, en la estructuración de coaliciones latinoamericanas – como participante e impulsor, la apertura de más espacios dentro y fuera del hemisferio, el combate contra el racismo y el neocolonialismo le ganó aliados y simpatías en África, Asia y Latinoamérica. Ni en aquel momento, y mucho menos ahora, fue el proceso revolucionario cubano producto de la “penetración comunista extracontinental”. Sus raíces están en la larga y tormentosa relación con unos Estados Unidos que siempre han considerado a otras soberanías, independencias o autodeterminaciones, como incompatibles con su “interés nacional”, especialmente en el hemisferio occidental. Tampoco ha sido Cuba amenaza alguna para Washington. Las enormes asimetrías que a nivel militar, económico, demográfico y tecnológico existen, no pueden pasar desapercibidas. Un especialista en la materia ayuda a entender la situación:

“Imaginemos un país hipotético en la frontera norte de Estados Unidos. Que su población alcanzara los 5,500 millones de habitantes; sus fuerzas armadas más de 30 millones, y su presupuesto de defensa cerca de 40 billones de dólares (trillones en inglés). El ultramoderno armamento de este poderoso estado incluiría tres mil submarinos de ataque y más de 50 mil aviones de combate, así como un gigantesco arsenal de armas nucleares, frente a un Estados Unidos que no hubiera alcanzado aún la posesión de la bomba atómica. Que asimismo contara con una base naval en el propio territorio norteamericano que cubriera un área equivalente a tres veces el estado de Rhode Island”.

Supongamos que este país tuviera una política de hostilización y amenaza permanente militar respecto a Estados Unidos, incluida la posibilidad de un ataque directo. Que hasta hubiera intentado derrocar al gobierno de Estados Unidos por distintas vías, incluidos una expedición militar de norteamericanos exiliados y más de diez complots de asesinato contra el propio presidente de Estados Unidos. En torno suyo, el país del norte tendría numerosas instalaciones y bases militares con un gran despliegue de fuerzas expresamente dirigidas contra Estados Unidos. Además, no sólo habría interrumpido todo intercambio económico bilateral, sino que mantendría una política dirigida a aislar a Estados Unidos de sus relaciones internacionales presionando sobre sus aliados en otras partes del mundo. Finalmente, imaginemos que, en medio de este cuadro de asimetrías, el país del norte insistiera continuamente en denunciar el peligro que significa Estados Unidos para su seguridad nacional”.<sup>51</sup>

La continua hostilidad de Washington hacia Cuba, que se recurre ahora es irracional e injustificada, excepto por un hecho central: que la Revolución Cubana ha sido una revolución lo suficientemente revolucionara como para aspirar a un manejo soberano e independiente de su sociedad y de sus recursos naturales y humanos, y esto es lo que ciertamente significa una “amenaza para los intereses empresariales estadounidenses”, es decir que desde la perspectiva del actual gobierno de Estados Unidos, Cuba representa un “modelo”, un punto de referencia para los movimientos revolucionarios y de izquierda, y también para los movimientos inspirados en la gesta bolivariana y anti-monroista, para los movimientos “nacionalistas” del Caribe y América Latina que, por contraponerse con la “receta” estadounidense –Puerto Rico–, se les debe hacer fracasar. Y ahí está la continuación y profundización del bloqueo económico y las acciones casi diarias de presión, sabotaje y acoso, para atestiguar el impulso de Washington contra Cuba.

Como ocurrió antaño, Estados Unidos vuelve a recurrir en 1991 a la OEA para impulsar su campaña política contra Cuba. En ausencia de la excusa del “comunismo”, ahora se montan dispositivos ideoló-

gico-políticos alrededor de un compromiso “con la democracia y con la renovación del sistema interamericano”, que prevé la “determinación de adoptar un conjunto de procedimientos eficaces, oportunos y expeditos para asegurar la promoción y defensa de la democracia representativa de conformidad con la Carta de la OEA”.<sup>52</sup>

Después de experimentar el tipo de “democratización” que Washington tiene en mente en Granada y Panamá, lo cierto es que la doble moral puesta en práctica por Estados Unidos, mediante la OEA, ya fue palpable en otra junta en Santiago, Chile (1976), cuando gobernaba aquel adalid de la lucha por la civilización occidental, Augusto Pinochet. Hoy prosiguen esa doble moral y esa desfachatez y mientras el subsecretario de Estado Lawrence Eagleburger hacía referencia en la junta de la OEA de 1991 sobre cómo “Cuba se había marginado” de la comunidad interamericana, el propio Departamento de Estado y los servicios de inteligencia continuaban aplicando todo tipo de medidas para ahogar política y económicamente a Cuba. La OEA, desde luego, en ningún momento ha considerado sanciones a Estados Unidos por la invasión a Granada o a Panamá, ciertamente esta última es la primera operación de este tipo en el período posterior a la guerra fría. La tibia reacción latinoamericana a ese evento coloca a nuestras naciones en una situación altamente vulnerable porque, como lo expresó Eliot Abrams, el responsable para América Latina en el gobierno de Ronald Reagan, la invasión a Panamá era “la primera demostración de fuerza en este período posterior a la guerra fría”. Ahora, el exdirector de la CIA y expresidente de Estados Unidos, monta otra operación tipo Bahía Cochinos, con una coalición semejante a la de 1961 —una situación políticamente explosiva dadas las más recientes revelaciones sobre el magnicidio contra Kennedy—<sup>53</sup> y con un ropaje, a nivel de su promoción publicitaria bajo el lema de “Operación Libertad y Democracia”, tal y como se le conoce en los círculos políticos y de seguridad nacional de Washington. Bajo su designio actuó el subsecretario Eagleburger en Santiago en 1991, y más recientemente, a raíz de la Reunión del Grupo de los Ocho en Buenos Aires, el presidente argentino Carlos

Menem. Simultáneamente con este lanzamiento publicitario, los Departamentos de Estado y Defensa, así como los servicios de inteligencia han intensificado el bloqueo que ya tiene treinta años, pero ahora desplegando más presiones y mayor acción. La idea es ablandar la situación de resistencia a la acción estadounidense que eventualmente usaría la fuerza. La operación "Libertad y Democracia" ganó gran impulso a raíz de la Guerra del Golfo Pérsico. Como lo apuntaba a principios de 1991 Noam Chomsky,

"Estados Unidos se siente ahora más libre porque no tiene que preocuparse por ningún compromiso de la Unión Soviética, y esta -la de Panamá- es la primera invasión en la que hemos mostrado precisamente eso. Cuba será el tercer ejercicio; este es otro caso en el que considero que, a través de una combinación de presiones económicas y de subversión, y tal vez de ejercicios de confrontación militar en Guantánamo, o algo similar, tratarán los Estados Unidos de encontrar algún tipo de pretexto para derrocar al gobierno cubano".<sup>54</sup>

Cuba continúa, entonces, en el ojo del huracán<sup>55</sup> porque ahí se juegan muchas cosas. ¿Qué es lo que espera Washington demostrar en Cuba? ¿se equivocaron Fidel, el Che y Camilo en el 59 al derrocar a Batista? ¿fue una equivocación haber iniciado un proceso socialista en un país del tercer mundo?... ¿Ya no es posible sostener el proyecto cubano debido a la caída de Europa del Este y a la nueva política de la ex-URSS? ¿no hay espacio para proyectos antiimperialistas después de la guerra del Golfo Pérsico? ¿es realista poner al mercado en el centro de la economía?... ¿La guerra de 'baja intensidad' de fórmulas basadas en férreo bloqueo, aislamiento y ofensivas propagandísticas logrará tumbar el gobierno cubano sin que se dispare un tiro? ¿los gobiernos de América Latina ... observarán sin mover un dedo las nuevas medidas intervencionistas de la Casa Blanca? ¿qué es lo que se demostrará en Cuba?<sup>56</sup>

Las presiones se acrecientan en todo caso. Por ejemplo, la empresa española tabacalera comercia con Cuba desde hace más de un siglo en la compra de tabaco en rama y puros. Datos recientes indican que Tabacalera inició con Cuba un convenio para realizar

estudios, confeccionar proyectos y ejecutar obras que unirían a Cayo Coco a la isla y desarrollar ahí un complejo turístico de 16 mil habitaciones.

Todo iba bien hasta que el Departamento del Tesoro de Estados Unidos decidió a finales de 1989, colocar a Tabacalera en su lista negra, en aplicación de la Ley de Comercio con el Enemigo, lo que invalidaba a la empresa hispana para comerciar con Estados Unidos. La prohibición se hizo efectiva con un embarque de tabaco congelado en un puerto estadounidense. Ante ello, Tabacalera decidió terminar sus tratos con una empresa cubana exportadora de tabacos y suspender sus operaciones en Cayo Coco. Ahora que el gobierno mexicano parece tan entusiasmado con el "libre comercio", estos casos quizás inciten a mayor reflexión, especialmente si se recuerda que según otro exdirector de la CIA, William Colby, los cambios ocurridos globalmente han motivado que "la inteligencia estadounidense haya trasladado su acción del espionaje anticomunista al comercial contra los adversarios económicos". De intensificarse mucho más —como probablemente ocurrirá— la competencia con los japoneses y su probable extensión al campo de "seguridad" en el Pacífico, fácilmente México caería en la vasta red de "regulaciones" y "leyes" —que Estados Unidos no tiene intención de modificar— respecto a "comerciar con el enemigo". El caso cubano también ayuda a ejemplificar problemas en el área de control sobre la tecnología. En 1990, Estados Unidos, basándose en la prohibición establecida de vender a Cuba partes del sistema de propulsión y equipos electrónicos de aviación fabricados en ese país, vetó la venta de cinco aviones Brasilia para 30 pasajeros que la Empresa Brasileña de Aeronáutica (EMBRAER) había contratado con las autoridades cubanas. La EMBRAER, a pesar de la difícil situación financiera por la que atraviesa, se vio privada de realizar esa operación millonaria.

Otros ejemplos incluyen el caso de la empresa Tele Caribe, que a partir del 12 de febrero (1991) inició un sistema rápido de comunicaciones telefónicas con Cuba que daba la posibilidad a los emigrantes de tener contactos telefónicos con sus familiares en la isla. Un mes

después, el 15 de marzo de 1991, el Departamento del Tesoro prohibió a Tele Caribe sus comunicaciones con la isla desde Florida. En el área de los “servicios” especialmente los turísticos, el gobierno de Washington se esfuerza por mantenerlos “intactos” para su eventual devolución a sus “ex-dueños” del bajo mundo (elementos que están plenamente incorporados en la Operación Libertad y Democracia) y así ante la inminente inauguración de vuelos turísticos de Montego Bay a la Habana, la Sección Económica de la Embajada de Estados Unidos en Jamaica publicó advertencias que “de acuerdo con las leyes de Estados Unidos, constituye un delito que cualquier ciudadano estadounidense o residente permanente en Estados Unidos gaste dinero en viajes a Cuba, adquiera mercancías o servicios en Cuba, sin permiso especial del Departamento de Hacienda de Estados Unidos, se prohíbe en todos los casos, gastar dinero con fines turísticos en Cuba”.<sup>57</sup>

Más recientemente, el gobierno de Estados Unidos boicoteó un proyecto encaminado a la promoción de viajes por “cruceros” que involucra la construcción de facilidades portuarias especiales, advirtiendo a empresas estadounidenses y de otras nacionalidades que se dedican a esta actividad sobre las represalias que se les aplicarían, incluyendo —en caso de las de Estados Unidos— suspensión de los permisos relativos para operar.

En el rubro de materias primas estratégicas, desde hace años el gobierno de Estados Unidos aplica “sanciones” al acero producido por cualquier país del mundo que use níquel cubano en su procesamiento.

Las dificultades a las que se ha sometido a Cuba tienden a agudizarse si se tiene presente que durante los últimos años la relación entre el precio controlado del petróleo exportado por la Unión Soviética y el sobreprecio del azúcar representó —según algunos cálculos— una balanza favorable a la isla de entre 3 mil 500 y 4 mil 500 millones de dólares anuales.<sup>58</sup> Aunque estas cifras provienen de fuentes oficiales estadounidenses, y se tiende a exagerar, lo cierto es que Cuba fue favorecida considerablemente por este arreglo. La persistencia del embargo en momentos en que la Unión Soviética se empezó a aplicar los programas de la perestroika ha complicado el escenario:

En 1990 Moscú rechazó firmar otro convenio comercial por cinco años, y a principios de 1991 el valor del comercio entre Cuba y la URSS se empezó a expresar en dólares, no en rublos. El azúcar se colocó a 25 centavos y no a 40 centavos la libra y consecuentemente se redujo en aproximadamente un 50 por ciento la capacidad cubana de importar energéticos, alimentos y repuestos.

Los cambios que se han gestado en los arreglos sobre “derechos minerales” en las ahora ex-repúblicas soviéticas además de provocar grandes trastornos a la industria petrolera de esa región, conllevó a mayores exigencias para su pago en divisas, además de que los aprovisionamientos de petróleo y otros productos petrolíferos, ha sufrido todo tipo de interrupciones y disminuciones. En 1989 la Unión Soviética exportó a Cuba 13 millones de toneladas de petróleo: en 1990 10 millones y en 1991, 7 millones, pero según fuentes oficiales cubanas, en ese año el país recibió menos del 25 por ciento del petróleo convenido.<sup>59</sup>

Los impactos del bloqueo, junto con la desintegración de la URSS han sido amplios. Existe racionamiento sobre huevos, pescado, carne enlatada, bisquets, queso, crema, ron, ropa interior, jabón, papel –que ha afectado la industria periodística– Washington se ha esmerado en exacerbar la situación con medidas totalmente reñidas con el más elemental sentido de humanidad: destaca en este sentido el boicot y las presiones contra una firma sueca exportadora de leche en polvo, que efectivamente privó a cientos de miles de infantes cubanos de ese vital producto. Los déficits en combustibles han resultado en la reducción de la generación de electricidad, el cierre de algunas industrias y se han afectado algunos proyectos de construcción. Desde luego hay dificultades en el transporte de azúcar de las plantaciones e ingenios a los puertos mientras las carencias de repuestos y combustibles afectan el transporte urbano y el funcionamiento de tractores. Se estimula ahora el uso de bicicletas y se domestican unos 100 mil toros de carga. Resurge el desempleo, el mercado negro y otras ma-

nifestaciones de esta naturaleza, aunque abrumadoramente la población cubana está en pie de lucha ante esta prolongada e injustificada agresión cotidiana de los Estados Unidos.

La situación de emergencia no ha sorprendido a la población y tampoco ha doblegado a estructuras gubernamentales y civiles ya macizas por treinta años de constante acoso en virtualmente todos los órdenes. Se promueve a la industria turística y las inversiones conjuntas, por una parte —la cubana— tierra, materiales básicos, trabajo y apoyo logístico mientras los inversionistas extranjeros proporcionan ingeniería, diseño y bienes de capital. España ha invertido unos 150 millones de dólares. En 1990 ingresaron a Cuba 340 mil turistas, fundamentalmente de Canadá, Alemania, España, Italia, México, Brasil y Argentina. El programa de promoción turística contempla la construcción de 5 mil habitaciones anuales, y para 1995 se espera añadir entre 13 mil y 30 mil habitaciones.

La diversificación comercial procede siguiendo la tradición ya consolidada desde los inicios mismos del proceso revolucionario a principios de los años sesenta. Cuba diversifica de manera acelerada la base de exportaciones. La biotecnología y los productos farmacéuticos son dos rubros de importancia. En 1990 Cuba obtuvo ganancias de 80 millones de dólares exportando a Brasil vacunas contra la meningitis B. Se estima que en 1991 el valor de las exportaciones farmacéuticas fue mayor que las de tabaco y cigarros.

La industria médica, con una infraestructura hospitalaria y con una profesionalización médica sin precedentes en América Latina es centro de atención porque atrae pacientes desde distintos países para tratamientos altamente especializados a precios asequibles. La industria médica cubana es una de las más competitivas y más calificadas a nivel internacional. En 1990, 2,000 personas llegaron del exterior a recibir tratamientos. Para enfrentar los problemas energéticos se han firmado convenios para la exploración petrolera con la firma brasileña estatal Petrobras mientras el viceministro de Energía Atómica de Rusia Evgueni Rochotnikov, ha informado que su gobierno concluirá la construcción del reactor nuclear cubano de Jaragua.

Cuba pagaría en dólares y adquiriría de Italia o Alemania el equipo técnico de control.<sup>60</sup> La energía y la creatividad que ahora impulsan todavía más la globalización de la política exterior y comercial cubana es tan asombrosa, como intensa es la hostilidad de Washington. Las exportaciones de la provincia canadiense de Quebec a Cuba aumentaron sólo en 1991, un 85 por ciento y continúan en ascenso con lo cual la isla es ahora el segundo mejor cliente de Canadá en América Latina. las exportaciones de Quebec se diversifican al tiempo que las oportunidades de inversión en un mercado relativamente virgen y ávido de productos extranjeros, se presenta atractivo. Entre las firmas que han ampliado el comercio con Cuba están: Parco Internacional, creada por un grupo de empresas quebequenses como la cadena comercial Metro Richelieu, el Banque National du Canadá, la Cooperativa Federal de Quebec y el Grupo Lactel. Parco inició sus operaciones en Cuba con la venta de productos agroalimentarios y está en tratos para exportar maquinaria. Según su director Gilles Choquette, "Cuba es un buen mercado". Además, fuentes locales han destacado que las compañías de Quebec son abastecedores de productos industriales y algunos insumos clave para la industria cubana de turismo, en proceso de expansión.<sup>61</sup>

Esta relación de acoso-estadounidense y creatividad-cubana es pieza clave en la actual constelación de fuerzas y tendencias. Al respecto es importante recordar que un documento elaborado por la CIA y que significa ni más ni menos que una virtual declaración de guerra política contra todos los "adversarios económicos de Estados Unidos", asienta que los cambios en la situación geoestratégica y económica - que girarían alrededor de la conformación de grandes bloques, es decir, de una "fragmentación" del sistema económico global, en la era de la posguerra fría, hace imperativo que Estados Unidos, "junto con México y Canadá integren el mercado más grande del mundo para confrontar a la Europa Unificada, a la comunidad asiática bajo el liderazgo de Japón y a bloques comerciales" a los que describe como "las mayores amenazas a la hegemonía estadounidense".<sup>62</sup>

Muy al estilo de los estudios de Gran Área,<sup>63</sup> el documento de la CIA sostiene que la confrontación geopolítica entre las superpotencias será sustituida por guerras económicas y comerciales y que “la respuesta al intercambio comercial antagónico es formar regiones económicas o bloques como el plan para 1992 de la Comunidad Económica Europea y constituirnos en *comunidades sin fronteras*”. Bajo el subtítulo de Norteamérica Fuerzas Económicas y Seguridad Nacional, el documento auspiciado por la CIA argumenta sobre la necesidad “para contrarrestar el mito del declive de Estados Unidos, pero el más importante de todos es la magnitud apabullante de lo que será el ‘mercado norteamericano’ integrado por Canadá, México y Estados Unidos”. El documento reafirma la concepción estadounidense de que en el Programa *Enterprise for the Americas* (Empresa para las Américas, también conocido como Iniciativa para las Américas y que en realidad significa “América para las empresas –fundamentalmente estadounidenses”), el comercio será para Washington una de sus “armas” para destruir o influir en el comportamiento de otras naciones. Ahí se consigna que “de haber sido un simple intercambio de bienes y servicios para el beneficio mutuo de los ejecutores, ahora (el comercio) representa el intercambio hostil de bienes y servicios. Su objetivo es tomar el control del mercado mediante la destrucción del enemigo y alcanzar tal dominio que socios recién llegados no puedan desafiar al líder”.<sup>64</sup> En este esquema, Cuba es percibida por Washington como una piedra en su zapato, especialmente porque se fundamenta en el “fin de las soberanías” (ciertamente no la de Estados Unidos). Existe ya una planeación para la Cuba post-Castro en la que si bien no se especifica el papel que se le reasignaría a los miembros del bajo mundo, las empresas y los militares estadounidenses, se plantea un “resurgimiento a la Lansky”, que será, en las palabras de Elliot Abrams, “un éxito económico” y que, además “tendrá que incorporarse al Tratado de Libre Comercio de América del Norte”. Abrams precisó que la “meta inmediata luego del levantamiento del embargo estadounidense deberá ser la adhesión al proyecto comercial de México, Estados

Unidos y Canadá”.<sup>65</sup> La Operación Libertad y Democracia contempla el derrocamiento de Castro “en algún momento de los noventa”, según Abrams. El tipo de reconstrucción que tiene en mente Abrams es idéntico al planteado por Miró Cardona:

“Los vínculos económicos naturales de Cuba son con Estados Unidos, estos serán reconstruídos... Una Cuba libre será un éxito económico, apoyada por el gobierno de Estados Unidos, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y la comunidad cubano-estadounidense”.<sup>66</sup>

Así, en la “posguerra fría”, Cuba sigue siendo la piedra en el zapato, especialmente porque los elementos regresivos de la política exterior estadounidense y la fuerza inercial de las políticas de guerra fría permanecen vigentes, anacronismos potencialmente explosivos y ciertamente trágicos. La permanencia de la fuerza inercial de los grandes intereses monopólicos y bélico-industriales y las prerrogativas de las burocracias de seguridad nacional siguen compaginándose —especialmente en el caso cubano— con los del bajo mundo. En momentos en que Washington carece de capacidades para articular la economía global capitalista y efectivamente se forjan grandes bloques —en situación con semejanzas pero también diferencias sustanciales— a la experiencia de los treinta, el uso de la supremacía militar para compensar las vulnerabilidades económicas, tecnológicas, comerciales y financieras es un asunto explosivo y un precipitante de más guerras y conflictos. En un documento de 46 páginas cuyos pormenores fueron dados a conocer por el New York Times el 8 de marzo, la opinión pública pudo enterarse que el aparato de seguridad de Estados Unidos con la Casa Blanca a la cabeza, mantiene que parte de la “nueva misión de Estados Unidos, será convencer a los competidores potenciales que no necesitan aspirar a un papel mayor o a realizar o plantear una postura más agresiva para proteger sus legítimos intereses”. El documento, clasificado como secreto, argumenta a favor de establecer un mundo dominado por “una superpotencia cuya posición pueda perpetuarse por medio de un comportamiento constructivo y suficiente poder militar para disuadir a cualquier na-

ción o grupo de naciones de poner en entredicho la primacía estadounidense”. El documento usa el término de “poder benevolente” y articula uno de los rechazos más claros al internacionalismo multilateral y la estrategia que surgió después de la Segunda Guerra Mundial por medio de la ONU. El meollo del asunto se refiere al intento de la alta burocracia militar y de seguridad de mantener un presupuesto de un billón doscientos mil millones de dólares en los próximos cinco años y una fuerza militar de un millón seiscientos mil soldados. El documento de manera conspicua hace referencia a las acciones colectivas como las que permitieron el asalto contra Irak pero se trataría de asambleas *ad hoc*, que no durarían más allá de las crisis inmediatas. “Lo más importante” dice el documento, “es que el ‘orden mundial’ descansará, en última instancia en los Estados Unidos y que los Estados Unidos deben adoptar una postura para actuar independientemente cuando no pueda orquestarse una acción colectiva en una crisis”. Es decir, como lo argumentaron los voceros del gobierno de Bush, existe la voluntad de actuar dentro del marco de la ONU, pero Estados Unidos “se reserva la opción de actuar unilateralmente o por medio de coaliciones selectivas” para “proteger los intereses vitales de los Estados Unidos”.

Tanto Panamá como Cuba permanecen como puntos nodales en la articulación estratégica de Estados Unidos hacia el hemisferio. En la sección dedicada a América Latina, el documento afirma que “la intensificante crisis interna de Cuba tiene elementos para cambios positivos, pero en el corto plazo la oscura situación interna probablemente generará nuevos retos a la política de Estados Unidos. Consecuentemente, nuestros programas deben proveer capacidades para enfrentar una variedad de contingencias cubanas que podrían incluir otro intento como el del Mariel Boatlift, una provocación militar contra Estados Unidos o algún aliado de Estados Unidos, o la inestabilidad política y el conflicto interno en Cuba”.

La política comercial de bloques se ha recrudecido, junto con ello Cuba se esfuerza por diversificar sus relaciones, enfatizando aquellas con China, Japón, América Latina, el Caribe y Europa —especial-

mente con España—. En estos frentes Estados Unidos ha movilizado sus esfuerzos con el fin de detener tales vínculos. Se sabe que empresas mexicanas y venezolanas han logrado nuevos créditos para comerciar con Cuba y aunque el comercio con los trece miembros del CARICOM no han mostrado mayores desarrollos por situaciones políticas, lo cierto es que, en la nueva constelación global que surge, la urgencia estadounidense por provocar por medios no-militares —y eventualmente castrenses— el colapso del régimen de Fidel Castro es evidente. La situación es mucho más compleja que durante la guerra fría, las fuerzas desatadas son más impredecibles y los resultados bien pueden ser adversos a las aspiraciones de Washington de forzar cambios en la isla para regresarla al patio trasero del monroísmo. El centro de atención gira ahora alrededor del debate de la llamada “Acta de la Democracia Cubana” —parte importante de la Operación Libertad y Democracia de la CIA— un proyecto de ley aprobado por el Congreso de Estados Unidos que aumentaría —no disminuiría— la presión económica sobre Cuba. Uno de los puntos más importantes del proyecto afecta a toda Latinoamérica por la llamada Iniciativa de las Américas y muy especial e inmediatamente a México, a raíz de las presiones que ahora ejerce Washington para que nuestro país abandone —como ya lo hizo la Argentina de Menem— la Doctrina Calvo. El Acta antes mencionada ampliaría el embargo estadounidense a Cuba al tomar medidas tales como prohibir —como se hizo anteriormente— que filiales extranjeras de compañías estadounidenses embarquen bienes a Cuba y amenaza con suspender “ayuda estadounidense” a cualquier país que proporcione asistencia a La Habana. El impacto de este tipo de medidas en el contexto de la posguerra fría es diverso. Por una parte podría esperarse que buen número de países latinoamericanos fuertemente atados a las líneas de crédito del Banco Mundial, del FMI o del BID se dobleguen. La situación sería más problemática en naciones de mayor peso como Brasil y México, aunque el caso de Embracer y la adhesión incondicional del régimen de Menem a los impulsos e iniciativas de la Casa Blanca contra Cuba indican logros importantes para Washington. Al nivel europeo y

asiático, la situación sería más difícil. Ya Londres envió notas de protesta a Washington en el sentido de que Inglaterra no acepta la jurisdiccionalidad estadounidense sobre las filiales de ese país instaladas en territorio inglés y le advierte al Congreso de Estados Unidos que “no tiene jurisdicción sobre esas filiales” y además que “las pautas de comercio inglés son asunto de Londres, no del Congreso de Estados Unidos”. Existen temores estadounidenses sobre el papel protagónico que podría adoptar Cuba en esta “diversificación” y su impacto hemisférico. “Robar el futuro a América Latina, ahora”, sería la premisa central de Washington en la articulación de su política tanto hacia la isla como hacia México. Existen varias condiciones en la “posguerra fría” que Washington desea “desactivar”, por medio de un pronto “enclaustramiento” hemisférico de las economías y de los sistemas políticos latinoamericanos. Ello es así porque, en primer lugar, objetivamente hablando presenciamos una dispersión de los instrumentos de control de los recursos en varios polos y países. Este es un hecho enfatizado por analistas como James Petras y Howard Brill.<sup>67</sup> Por otra parte, a la proliferación de centros para producir y de innovaciones tecnológicas, hay que añadir la existencia de diversos métodos y fuentes de colaboración. El asunto central consiste en determinar si las relaciones de dependencia ya establecidas en Latinoamérica proporcionan o no elementos para crear un crecimiento autónomo o se transforman en una condición crónica, como lo afirman Petras y Brill, es decir, reproduciéndose a sí misma por medio de relaciones y fuerzas incapaces de trascender los estadios iniciales de la dependencia. El caso cubano es notable en el sentido de que la potencia con la que más lazos de “dependencia” desarrolló se ha desintegrado mientras mantuvo márgenes de autonomía inexistentes en cualquier otra nación hemisférica. De aquí que por el momento Cuba esté “suelta” y en condiciones de generar un modelo fundamentado en el aprovechamiento de las contradicciones existentes en el período posterior a la guerra fría. Esta potencialidad, que ahora Washington trata de socavar se extiende al resto del continente y es una de las motivaciones centrales tanto del TLC como de

la Iniciativa para las Américas. Al respecto es conveniente recalcar que las potencialidades para la conversión de la dependencia en progreso autónomo "no están vinculadas con el desarrollo autárquico, sino con la capacidad para explotar las oportunidades de mercado selectivamente y conducir las hacia la dinamización de las fuerzas internas".<sup>68</sup> Todavía de otra manera: es indispensable reconocer la existencia de fuerzas sociales, a nivel estatal y de clase, en lo interno cuyo papel es usualmente desatendido por quienes asumen una determinación globalista del mercado mundial o de los países capitalistas más desarrollados.

La dificultad para Washington de colocar a Cuba bajo las directrices del BM, FM y BID, anteriormente expuestas por Abrams se percibe más claramente si se tienen presentes los resultados que ya están teniendo las políticas fondomonetaristas en Latinoamérica. Los estallidos en Caracas y los últimos acontecimientos indican que se están afectando las relaciones cívico-militares, posiblemente en toda la región. Aunque los apologistas y cabilderos del gran empresariado estadounidense ahora hablan de los "noventa" como la década del "desarrollo" frente a los ochenta —la década perdida—,<sup>69</sup> el hecho es que la situación socio-económica se ha empeorado. La política económica fundamentada en los ajustes fondomonetaristas se ha traducido en una recesión como resultado de los masivos recortes al gasto e inversión públicos, la restricción del crédito y el alza en las tasas internas de interés y la contención salarial.

El dilema fundamental que enfrenta Washington es su creciente incapacidad para proveer suficientes recursos de capital, *know how* y tecnología para transformar a la América Latina en socios capitalistas viables. La declinación global de Estados Unidos exacerbada por el peso del gasto militar y su tendencia a la canibalización de recursos esenciales (como los destinados a la investigación y desarrollo, capital fresco, personal altamente calificado, recursos naturales estratégicos, combustibles, etcétera) así como al predominio de un proyecto capitalista altamente especulativo y parasítico en los ochenta niega una apoyatura mínima para el "programa" de Bush para las Améri-

cas. La carencia de un contenido económico sustancial denota la intención de promover una “integración vertical” del hemisferio, con Estados Unidos como su polo hegemónico, y el Caribe y América Latina, como “áreas económicas amplias”, que serían usadas como “cartas de negociación” ante el área asiática y la europea.

La fuerte condicionalidad atada a todas las líneas de crédito magnificaron su impacto desnacionalizador del proceso de toma de decisiones respecto a las políticas económicas al sur del Río Bravo: desregulación de las economías, la privatización, la abolición de tarifas, la apertura al capital extranjero, el fomento de políticas de desindustrialización, todas ellas y otras sectoriales, han sido aplicadas según formulaciones estrictamente establecidas en las cartas de intención del FMI y las cartas de “política” del Banco Mundial y “monitoreadas” por sus funcionarios. Los resultados se centran en declinaciones netas en la inversión; aumentos en la repatriación de capitales, pago de intereses y fugas de capital; aumento y presencia de la deuda, colapso de la inversión gubernamental en infraestructura, en programas del sector social, educación e investigación y desarrollo, debilitándose así cualquier base racional para estabilizar a las economías, y para promover el crecimiento y el desarrollo de largo plazo.<sup>70</sup> La devastación social, económica y epidemiológica cubre a todo el continente. Las apoyaturas sociales de los principales regímenes latinoamericanos se han debilitado al borde del colapso —como en Venezuela y Perú—. En este contexto de fuerzas y tendencias, la presencia de una Cuba producto de un largo proceso histórico emancipador de más de ciento cincuenta años, es central para concitar un accionar latinoamericano alrededor de procesos de formación y consolidación de coaliciones de todo tipo —incluyendo de manera destacada las de orden monetario— como base y fundamento para negociar, retomar y luego afianzar el futuro en nuestras manos.

## NOTAS

- 1 Consúltense, por ejemplo, Ramiro Guerra, *La Expansión Territorial de los Estados Unidos*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1974; Samuel Elio Morison, Henry Steele Commager y William E. Leuchtenburg, *The Growth of the American Republic*, actualizado como *A Concise History of the American Republic*, Oxford University Press, 1977, en español: *Breve Historia de los Estados Unidos*, FCE, México, 1951 y 1987; Dexter Perkins, *Historia de la Doctrina Monroe*, EUDEBA, Buenos Aires, 1964.
  
- 2 Consúltense Morison *et al*, *op cit*; C. Wright Mills, *Escucha, Yanqui*, FCE, Arthur M. Schlesinger Jr. *A Thousand Days*, Houghton Mifflin, Boston, 1965, Theodore Sorensen, *Kennedy*, Harper & Row, New York, 1965; la lista de artículos, ensayos y libros sobre las relaciones cubano-estadounidenses es inmensa, especialmente a partir de la revolución y la debacle de Bahía Cochinos. Para una visión documental de las relaciones cubano-estadounidenses en el contexto hemisférico, consúltense J. Lloyd Mehan, *The United States and Inter-American Security, 1889-1969*, Austin, University of Texas Press, 1961. Los aportes documentales de este trabajo son significativos aunque el análisis carezca de la imparcialidad y objetividad que esperaríamos, fuera un indicador más del fuerte peso de la campaña ideológica de la guerra fría, incluso entre quienes, supuestamente, deberían trascenderla. Sobre las vinculaciones del anti-castrismo, las operaciones de inteligencia estadounidense, el fiasco de Bahía Cochinos e incidentes históricos de enorme magnitud como el magnicidio contra John F. Kennedy, consúltense, Jim Garrison, *On the Trail of the Assassins*, Sherindan Square Press, New York, 1988; Robert J. Groden and Harrison E. Livingstone, *High Treason*, A Berkeley Book, 1990; Jim Manns, *Crossfire: The Plot that Killed Kennedy*, Carroll & Graf Publishers, New York, 1992. Sobre el papel de Cuba en las relaciones estratégicas, especialmente a raíz de la "crisis de cohetes", véase B. Beddham, "Cuba and The Balance of Power", *World Today*, January, 1963; (Theodore Draper, *Castro's Revolution*, New York, 1962; Norman Bailey, *Latin America in World Politics*, Walker and Company, New York, 1967 pp 98-105; Paul Hammond, *Cold War and Detente*, Harcourt Brace Javanovich Inc, New York, 1969; y de manera especial Herbert S. Dinerstein, *The Making of a Missile Crisis: October 1962*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore and London, 1976. Especial mención merece el contexto en el cual Morton Halperin de manera breve y concisa analiza la crisis de los cohetes en *Nuclear Fallacy*, Ballinger Publishing, Cambridge, Mass, 1987 pp 37-38.
  
- 3 Consúltense, Guerra Ramiro, *op cit*, pp 7-19; 131-156; Perkins, *op cit* 33.
  
- 4 Perking *ibid*; Guerra, *op cit*.

- <sup>5</sup> En *The Influence of Sea Power Upon History 1660-1783*, Londres, 1965.
- <sup>6</sup> El aumento en los presupuestos militares constató que en ese momento, de los dos servicios (es decir, del Ejército y la Marina), esta última "se llevó la mayor parte, ya que constituiría la primera línea defensiva de la nación (Estados Unidos) en el caso de un ataque extranjero (o de un desafío a la Doctrina de Monroe) y también el instrumento más útil para apoyar a la diplomacia y al comercio estadounidense en América Latina, el Pacífico y otras partes. La reconstrucción de la flota había empezado ya a finales de la década de 1880, pero el gran impulso se produjo en los días de la Guerra Hispano-Americana", Paul Kennedy, *Auge y Caída de las Grandes Potencias*, Plaza & Janes, Barcelona 1989, p. 314.
- <sup>7</sup> Este planteamiento, históricamente irrefutable se ha venido corroborando casi mensualmente, desde la guerra fría.
- <sup>8</sup> Perkins, *op cit* p. 193.
- <sup>9</sup> *Ibid* 193-194.
- <sup>10</sup> El concepto de nacionalismo liberal tal y como se plantea en la importante obra de Howard Zinn: *Post War America, 1945-1971*, The Bobbs-Merril Company, Indianapolis, 1973 es central en nuestra argumentación. Los impulsos de ese fenómeno giran alrededor de las justificaciones y aplicación del expansionismo, el paternalismo y la maximización de ganancias. Como bien argumenta Zinn, "These nationalist ambitions have always been presented to the public in the guise of protecting national security or promoting peace or defending other nations against aggression or helping backward nations to modernize-justifiable objectives that ping backward nations to modernize-justifiable objectives that have lent moral passion to the most ferocious technology of death ever devised. In the actual practice of American policy, this combination of moralism and technology has supported a willingness to use massive violence, to break the peace, to exhaust the national resources, and, finally, to threaten the internal cohesion of the United States itself-in other words, to have effects totally different from those promised" pp 51-52.
- Sobre el concepto de "liberalismo" es conveniente recordar, con Mills, que puede ser entendido y analizado: 1) como una articulación de ideales que, independientemente de su nivel de generalidad, funciona como una especie de óptima moral y de guías rectoras para enjuiciar a hombres, movimientos y acontecimientos; 2) como una teoría, explícita o implícita, de cómo funciona una sociedad, de sus elementos importantes y de cómo se relacionan, de sus conflictos clave y de cómo se resuelven, y 3) en el sentido en que lo usa Zinn, es decir,

“como un fenómeno social, ... como una ‘ideología’ o retórica política, que justifica ciertas instituciones y prácticas, que demanda y espera otras. Como ideal, el liberalismo “ha sido y es una parte principal de la ‘tradición laica de Occidente’. Como retórica política, el liberalismo ha sido la ideología de la clase media en ascenso. Como teoría de la sociedad, el liberalismo se limita en significación a la heroica época de la clase media. Finalmente, la crisis del liberalismo (y de la reflexión política estadounidense) se debe a su éxito para convertirse en el lenguaje oficial de todas las declaraciones públicas ... Su crisis de falta de claridad se funda en su uso por todos los intereses, clases y partidos” Consúltense, C. Wright Mills, “Los Valores Liberales en el mundo Moderno”, *Poder, Política y Pueblo*, FCE, México, 1973, pp 139-145.

- 11 Zinn, *op cit* pp 38-39. Sobre esta perspectiva, consúltense John Saxe-Fernández, “Los Fundamentos de la ‘derechización’ en Estados Unidos”, en Agustín Cueva, compilador, *Tiempos Conservadores: América Latina en la Derechización de Occidente*, Editorial Conejo, Ecuador, 1987, tomo publicado en su totalidad por *Revista A*, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Volumen VIII, N° 20, enero-abril 1987 pp 51-64.
- 12 Thorstein Veblen, *The Vested Interests and the Common Man*, Huebsch 1919, Viking Press, New York 1946; *The Theory of the Leisure Class*, Modern Library New York, 1934. Las ideas centrales de Veblen están bien representadas en *The Portable Veblen*, Viking Press, New York, 1950 con una introducción de enorme valor por Max Lerner, para una idea y excelente descripción de las características del período, consúltense Matthew Josephson, *The Robber Barons*, Harcourt Brace, New York, 1934.
- 13 *Theory of Business Enterprise*, New York, 1904 p 251.
- 14 Saxe-Fernández, “Los fundamentos de la derechización...”, *op cit*, p 55.
- 15 *Ibid.* Respecto al concepto de seguridad nacional, la versión más cáustica pero no por ello menos rigurosamente científica es la proporcionada por Markus Raskin: (“National Security is business, business is national security”). Para un desarrollo referido a la industria petrolera, consúltense John Saxe-Fernández “Petróleo y Seguridad”, *Este País*, marzo de 1992.
- 16 Al respecto conviene revisar la evidencia histórica, como lo hace de manera rigurosa Douglas Dowd en *Modern Economic Problems in Historical Perspective*, D.C. Heath, Boston 1965. Las Fluctuaciones Económicas en Estados Unidos, desde 1800:

## UNA CLAVE EN EL CONFLICTO MUNDIAL

1800-07	Prosperidad
1808-09	Depresión
1810-14	Recuperación gradual - boom en 1811
1815	Pánico
1816-18	Depresión
1819	Pánico
1820-21	Depresión moderada
1822-24	Prosperidad
1825-26	Recesión
1827-36	Prosperidad
1837	Pánico
1837-43	Depresión generalizada
1844	Prosperidad moderada
1849-56	Prosperidad vigorosa
1857	Pánico
1858	Depresión
1859-60	Recuperación y prosperidad
1861-62	Depresión generalizada
1862-65	Prosperidad bélica
1866-67	Depresión
1868-72	Prosperidad
1873	Pánico
1874-78	Depresión generalizada
1879	Recuperación
1880-82	Prosperidad
1883-85	Recesión moderada
1886-90	Prosperidad vigorosa
1891	Recesión menor
1892	Colapso bursátil
1894-97	Años de depresión
1898-1907	Prosperidad bélica
1907	Pánico
1908	Depresión
1909-14	Estancamiento
1914-18	Prosperidad bélica
1919	Leve recesión posbélica
1919-20	Prosperidad
1921-22	Recesión fuerte
1922-23	Prosperidad
1924	Recesión
1925-26	Recuperación

1927	Recesión
1928-29	Boom -
1930-39	Gran depresión

Década de los cuarenta: prosperidad bélica y posbélica. Recesión en 1946 y en 1949. Inicio de la institucionalización de La "economía permanente de guerra". Inicio de la movilización permanente económico-ideológica: guerra fría. década de los cincuenta recesión en 1953-54; 57-58 guerra en Corea 1950-53, intervención en Guatemala, 1954. Intervención en Líbano, 1958.

Década de los años sesenta: recesión, 1960-61; expansión 1961-69. Intervención en Cuba, 1961. intervención en la República Dominicana, 1965. A partir del asesinato de John F. Kennedy, gran intervención bélica en Vietnam, con enorme movilización y grandes incrementos presupuestales bélicos, 1963-1969.

Década de los años setenta: estagflación (69-71) 72-73 se pronuncia. Intervenciones en Chile, Argentina, etcétera.

Datos económicos tomados de Douglas F. Dowd *Modern Economic Problems*, *op cit*, tabla en p 143. Los cálculos sobre los gastos militares acumulados de 1945 a 1990 son proporcionados por Seymour Melman en *Profits Without Productivity*, University of Pennsylvania Press, 1987.

<sup>17</sup> Jules Henry, *La cultura contra el hombre*, Siglo XXI editores, México 1967 p10. Para un desarrollo todavía más amplio consúltese del mismo autor, *On Shame, Vulnerability and Other Forms of Self-Destruction*, Vintage, New York, especialmente "Social and Psychological Preparation for War", pp 171-192.

<sup>18</sup> Saxe-Fernández. "Los Fundamentos ..." *op cit*. p 55.

<sup>19</sup> El ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Carlos Saavedra Lamas, también Premio Nóbel de La Paz, junto con la diplomacia mexicana, fue el gran impulsor del principio de no-intervención, opositor a la Doctrina Monroe y desde luego a su extensión. El Tratado de No-agresión y conciliación, diseñado por Saavedra Lamas, fue firmado en Río de Janeiro en octubre 10 de 1933 por Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay y Uruguay. El gobierno estadounidense de Hoover rechazó la invitación a firmar este convenio. Para más detalles sobre el asunto, desde la perspectiva del secretario estadounidense Cordell Hull, véase de él mismo *The Memoirs of Cordell Hull*, New York, 1948 y J. Lloyd Mehan, *op cit*, un libro que insisto, tiene valor informativo, aunque el autor parece suponer que los estados se comportan en la arena internacional desde posiciones subjetivas que califica como de "strong desires", y no desde fuerzas y necesidades objetivas y cuantificables. La noción de "necesidad objetiva" es más

adecuada para entender y eventualmente tratar de explicar los eventos históricos o las nuevas constelaciones históricas, especialmente porque este último concepto enfatiza la dimensión "relacional" de los "eventos".

<sup>20</sup> Citado por Perkins *op cit*.

<sup>21</sup> Zinn, *op cit* pp 46-48. El autor, al respecto dice "American intervention in Greece was the first important postwar instance in which rhetoric was used by the US to defend large-scale interference in another nation's internal affairs. It was accomplished without dispatching troops. It was accompanied by economic aid, and it was justified as anti-comunism. Greece exemplified the working creed of liberal America's postwar policy: the drive to extend the national power of the US into other parts of the world, the compulsion to make the capitalist dollar profitable and secure everywhere, the insistence that Americans know what is best for other people, and the willingness to use mass violence to accomplish these purposes", *op cit* p 42.

<sup>22</sup> Gabriel Kolko, "La Conferencia de Yalta. El esfuerzo por forjar una alianza política", en *Políticas de Guerra*, Grijalbo, Barcelona, 1974 pp 297 y ss. También 487-523.

<sup>23</sup> *Ibid* p 497-98.

<sup>24</sup> *Ibidem*.

<sup>25</sup> Citado por Zinn, *op cit* p 37.

<sup>26</sup> Consúltese John Saxe-Fernández, "América Latina-Estados Unidos en la posguerra fría: apuntes estratégicos preliminares", Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Congreso, La Habana, 1991 trabajo base presentado a la reunión auspiciada por UNIDIR y el Instituto de Estudios de la Universidad de Sao Paulo, diciembre 2-3, 1991. En prensa por la revista *Problemas del Desarrollo*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1992. La articulación estratégica de "grandes áreas" tuvo en Estados Unidos su más sistemática aplicación y ya en abril de 1940, ante el avance alemán sobre Dinamarca, Roosevelt invoca la Doctrina Monroe para "cubrir" a Groenlandia. La expresión del monroismo en la "grand area" representó el pivote de la planeación estratégica al inicio de los primeros estudios y evaluaciones para establecer un nuevo orden mundial que en lo económico, político y militar fuera funcional al "interés nacional" de Estados Unidos. Los interrogantes centrales eran planteados por el Consejo de Relaciones Exteriores, la Casa Blanca de Roosevelt y el Departamento de Estado así: ¿Era el

hemisferio occidental autosuficiente o requería de comercio con otras áreas para mantener su prosperidad? ¿Cuán autocontenido era el hemisferio occidental comparado con la Europa controlada por Alemania? ¿Cuánto de los recursos naturales del mundo y del territorio global requerían los Estados Unidos para mantener su prosperidad? Los estudios convencieron a los analistas que Estados Unidos requería de libre acceso a los mercados y materias primas no sólo del hemisferio occidental, sino del Imperio Británico, y del Lejano Oriente. Ese sería el "área mínima" que se visualizaba en 1940 para de ahí proyectar una expansión global. El equipo de trabajo sobre asuntos económicos y finanzas ya establecía, desde junio de 1941 que "The Grand Area is not regarded by the Group as more desirable than a world economy, nor as an entirely satisfactory substitute". También varios analistas y funcionarios, como Hamilton Fish Armstrong advertían a mediados de 1941 "that an unified Europe, with or without Nazi domination, would be dangerous to the United States and thus it could not be allowed to develop because it would be so strong that if could serioiusly threaten the American Grand Area. Europe, organized as a single entity, was considered fundamentally incompatible with the American economic system". La mejor fuente y el análisis más apropiado sobre este asunto ha sido desarrollado con abundante documentación oficial por Laurence H. Shoup y William Minter, *Imperial Brain Trust*, Monthly Review Press, New York and London, 1977, especialmente consúltese el capítulo V "Shaping a New World Order".

<sup>27</sup> Citado en Shoup y Minter p 128.

<sup>28</sup> Como uno de los análisis más adecuados, consúltese Marcus G. Raskin, *The Politics of National Security*, Transaction Books, New Jersey, 1979, especialmente "The Origins of the National Security State", pp 31-59.

<sup>29</sup> Además del archicitado trabajo de Mr. "X", publicado por *Foreign Affairs*, consúltese J. L. Gaddis, *Strategies of Containment*, New York, 1982. Paul Kennedy, por su parte insiste en que entre los diversos elementos de la acelerada "estrategia de contención" destacan dos: El primero, considerado como de naturaleza negativa por Kennan, pero el preferido por el Pentágono, que le indicaba a Moscú "las regiones del mundo que los Estados Unidos no podían permitir ... que cayesen en manos hostiles a nosotros". El otro aspecto sería argumentado, dentro de la línea retórica del nacionalismo liberal —que sea dicho de paso, permea buena parte del excelente trabajo de Kennedy— se centraría en un programa masivo de "ayuda económica que permitiese la reconstrucción de las industrias". Consúltese, Kennedy, *op cit*, pp 465 y ss. A lo largo de su texto, Paul Kennedy asume la versión oficial y "rosa" de los programas de "ayuda" económica como el Plan Marshall. Para una percepción más realista, ver Kolko, *op cit* y muy especial-

mente –por ser el autor uno de los prominentes “arquitectos” del Nuevo Orden Mundial y promotor del Plan Marshall– Dean Acheson en *Present at the Creation. My Years at the State Department, 1969* (New York)

Como bien lo dice Acheson, al defender ante el Congreso la propuesta del Plan Marshall: “These measures of relief and reconstruction have been only in part suggested by humanitarianism. Your Congress has authorized and your Government is carrying out, a policy of relief and reconstruction today chiefly as a matter of national self-interest ...” Sobre la naturaleza de ese “self-interest”, sin duda Zinn ofrece la mejor descripción: “In the four years of the *Marshall Plan*, \$16 billion was dispensed to Western European countries. This large sum gave the US political influence in all these countries –specially in France, Italy and West Germany. It also allowed the US to steer the economic policies of these nations into channels beneficial to American industries– such as building up markets for american exports”. Zinn *op cit* p 69.

<sup>30</sup> Según cifras recabadas por Zinn, *op cit*, pp 72-73.

<sup>31</sup> *Ibid* p 58 y ss.

<sup>32</sup> Véase Jim Marrs, *op cit* “Santos Trafficante and Cuba”, pp 168-171. Consúltese también Jim Garrison, *op cit*.

<sup>33</sup> Además de la documentación del Comité Church, consúltese *Report of the Select Committee on Assassinations, US House of Representatives*. U.S. Government Printing Office, 1979. Según Sam and Chuck Giancana, en *Double Cross*, Warner Books, New York, 1992, el mismo especialista en fármacos que preparó el supositorio usado en el asesinato de Marilyn Monroe –contratado a la mafia por la CIA– fue el que preparó las sustancias que se usaron en los intentos de asesinato contra Castro. Dicen los autores: “Calmly, and with all the efficiency of a team of surgeons, they (los asesinos) taped her mouth shut and proceeded to insert a specially ‘doctored’ Nembutal suppository into her anus. Then they waited. The suppository, which Nicoletti said had been prepared by the same Chicago chemist who concocted the numerous chemical potions for the Castro hit, had been a brilliant choice”. Una agencia del gobierno de EU, la CIA, contrató estas “actividades” para proteger la “seguridad nacional” de Marilyn Monroe.

<sup>34</sup> Marrs, *op cit* p 169.

<sup>35</sup> *Ibid*.

- <sup>36</sup> Zinn, *op cit*
- <sup>37</sup> En Mills, *Escucha Yankee*, FCE, México, 1965, y para los efectos de este trabajo, fundamentalmente en la sección dedicada a Cuba en la obra de Zinn.
- <sup>38</sup> Al respecto una de las obras de mayor interés es la de Fletcher Prouty, oficial de inteligencia militar de Estados Unidos, *The Secret Team*, New York, Prentice Hall, especialmente el capítulo 4 "President Kennedy Attempts to put the CIA under Control", pp 94-121.
- <sup>39</sup> Prouty *op cit*.
- <sup>40</sup> Citado en Zinn, *op cit*.
- <sup>41</sup> C. W. Mills, *The Causes of World War Three* p 10.
- <sup>42</sup> *Ibid*.
- <sup>43</sup> Citado en John Saxe-Fernández, "El Filme JFK: ¿Un paso hacia la Glasnost?", *Excélsior*, 3 de marzo de 1992, p 9.
- <sup>44</sup> Citado en Saxe-Fernández "El Filme ..." *op cit*.
- <sup>45</sup> Prouty *op cit*.
- <sup>46</sup> Jorge Domínguez, "Cuban Foreign Policy", *Foreign Affairs*, Fall 1978, pp 83-108, un trabajo de enorme importancia y lucidez.
- <sup>47</sup> Domínguez, *op cit*.
- <sup>48</sup> Domínguez, *op cit* una observación relevante hoy en día en que las inversiones españolas, especialmente las gallegas, son considerables y vienen de las viejas y cordiales relaciones de Cuba con -entre otros- Praga, un indicador de que en Cuba se mantuvo una línea muy orientada a mantener o crear opciones que fortalecieran sus oportunidades para mantener espacios de autonomía frente a la URSS y ahora con mucho más intensidad -y necesidad- frente a un Washington más hostil que nunca.
- <sup>49</sup> Domínguez, *op cit*. p 89.

- <sup>50</sup> Rafael Hernández, Centro de Estudios sobre América, La Habana, citado en John Saxe-Fernández, “Nuevo Período de Bush: ¿Autocracia Continental?” *Excélsior*, 24, septiembre, 1991, p 11A.
- <sup>51</sup> Saxe-Fernández, “Nuevo Período”, *op cit*.
- <sup>52</sup> Véase cita 1 de este trabajo.
- <sup>53</sup> Véase cita 2 de este trabajo.
- <sup>54</sup> “Equiparó al régimen de Bush con el nazi: Estados Unidos podría usar la Fuerza para desestabilizar a Cuba: Chomsky”, *La Jornada*, 23 de febrero de 1991, p 6.
- <sup>55</sup> Jaime Osorio, “Cuba en el ojo del huracán”, *La Jornada*, 15 de junio de 1991, p 27.
- <sup>56</sup> *Ibidem*.
- <sup>57</sup> Citado en John Saxe-Fernández, “Cuba: arrecia el acoso de Estados Unidos”, 18 de junio de 1991, p 18.
- <sup>58</sup> Confróntese: Susan Kaufman Purcell, “Collapsing Cuba”, *Foreign Affairs*, Vol. 71, 1, 1992, pp 130-145.
- <sup>59</sup> Datos tomados de Kaufman Purcell, *op cit*.
- <sup>60</sup> “Se respetará la soberanía de otros países. EU ...” *La Jornada*, 9 de abril de 1992, p 43.
- <sup>61</sup> “Cuba, segundo mejor cliente de Canadá en América Latina”, *La Jornada*, 6 de abril de 1992, p 35.
- <sup>62</sup> Dolia Estévez, “Recomendó la CIA formar un bloque económico norteamericano”, *El Financiero*, 19 de septiembre de 1991, p 14.
- <sup>63</sup> Véase Mintzer y Shoup *op cit*.
- <sup>64</sup> Estévez, *Ibid*
- <sup>65</sup> *Ibidem*.

- <sup>66</sup> “La Cuba postcastrista deberá integrarse al TLC; Abrams”, *La Jornada*, 16 de marzo de 1992, p 35.
- <sup>67</sup> Citados en John Saxe-Fernández “Iberoamérica ante Estados Unidos: riesgos estratégicos”, *Excélsior*, 20 de febrero de 1990, p 8 A.
- <sup>68</sup> *Ibid*
- <sup>69</sup> Kaufman *op cit*.
- <sup>70</sup> Citado en Saxe-Fernández, *op cit* “Iberoamérica ante ...” Un desarrollo más amplio ha sido presentado por Petras y Morris Morley, en “U.S. Latin American Relations for the 1990’s”, publicación en prensa por el Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1992.

*Cuba: una clave en el  
conflicto mundial*, se terminó  
de imprimir en agosto de  
1993, por SinComm, con un  
tiraje de 500 ejemplares.





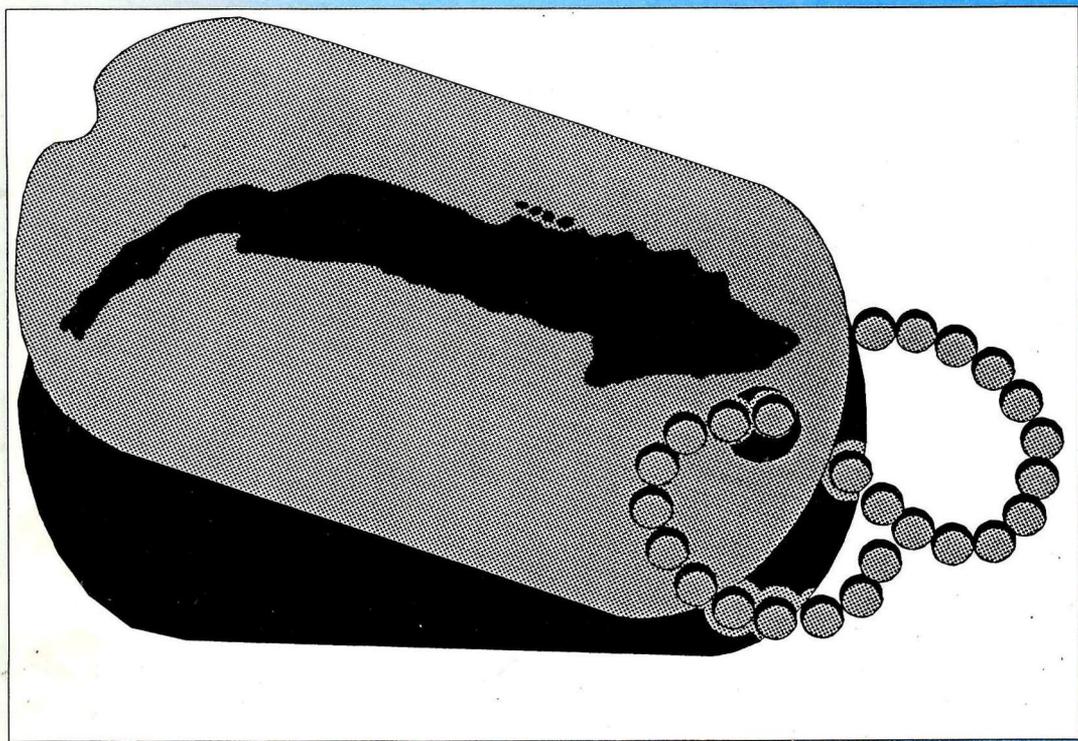




# Cuba:

una clave en el  
conflicto mundial

John Saxe-Fernández    Horacio Labastida  
Beatriz Stolowicz W.



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA**

UNIDAD XOCHIMILCO

División de Ciencias Sociales y Humanidades